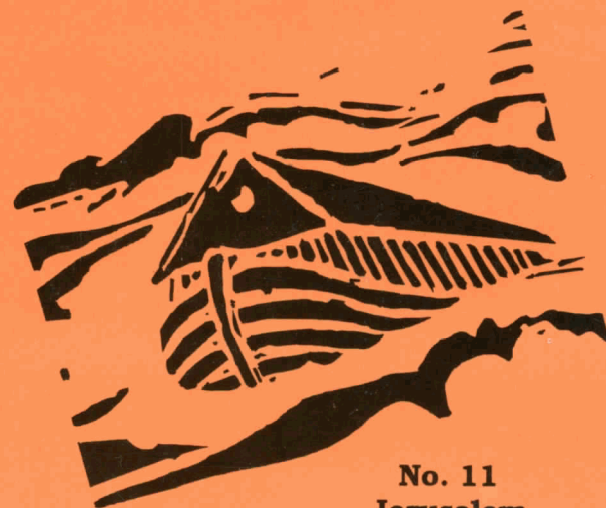


NOAJ

Revista Literaria

*Jerusalem,
año 3000*



No. 11
Jerusalem
Julio de 1996

Asociación Internacional de Escritores Judíos en Lengua Hispana y Portuguesa



Revista Literaria

Nº 11 - Julio de 1996

**Fundada en Jerusalem en 1987 por la
Asociación Internacional de Escritores Judíos
en Lengua Hispana y Portuguesa**

Director: **Leonardo Senkman**
Subdirectora: **Florinda F. Goldberg**
Secretario General: **José Luis Najenson**

Consejo Internacional de Redacción

Argentina: **Manuela Fingueret,
Santiago Kovadloff, Eliahu Toker**
Brasil: **Moacyr Scliar**
EE.UU.: **Saúl Sosnowski**
España: **Arnoldo Liberman**
Francia: **Mario Goloboff**
México: **Esther Seligson**
Uruguay: **Teresa Porzecanski**
Venezuela: **Isaac Chocrón**

Miembros correspondientes de la Asociación Internacional

Héctor Yánaver (Buenos Aires); **Mario Satz** (Barcelona);
Elisa Lerner (Caracas); **Elina Wechsler** (Madrid);
Angelina Muñiz (México); **Egon Friedler** (Montevideo);
Luisa Futoransky (París); **Isaac Goldemberg**
y **Mario Szichman** (Nueva York).

Suscripción anual:

Israel, NIS 40
América Latina, EE.UU., Canadá, Europa, \$25
Instituciones y Bibliotecas, \$35
Patrocinadores, \$50.

**Suscripciones y correspondencia a
NOAJ, P.O.B. 4658, 91042 Jerusalem, Israel.**

**Promoción y suscripciones en Argentina:
Dalila Senkman,
Austria 1998, Apt. 50, Buenos Aires,
Tel. 825-6347**

Copyright © by **NOAJ**

ISSN 0792-0318

El consejo de redacción se reserva el derecho de publicar
las colaboraciones recibidas. Los textos firmados
son de responsabilidad exclusiva de sus autores.

Producción, composición y diseño:

ARLO Publicaciones, Gvirtzman 34/1, 97793 Jerusalem.



Jerusalem, ciudad del deseo

NINGUNA ciudad sagrada ha sido tan disputada por la fe de los pueblos. En Jerusalem, el imaginario religioso aún ora en lo que resta del Muro de los Lamentos, oye sermones divinos en sus montañas y cabalga tras las huellas aéreas del Profeta. Al mismo tiempo, muy pocas ciudades sagradas custodian como ella los sitios más santos, acechados por un campo de batalla tan violento. Ciudad celestial y ciudad profana, ciudad de la plegaria y de la ira, ciudad ecuménica y de fundamentalismos, ciudad tres mil años soñada y, de pronto, ciudad temida. Jerusalem ocupó siempre un espacio en el imaginario de los poetas, y acaso ese anhelo de eterno retorno siga ocultando la ciudad del deseo. Jerusalem, dividida y nuevamente unificada, es la metáfora de la pasión amorosa: judíos, cristianos y musulmanes fueron sus amantes anhelosos de posesión, y ella la amada de sus sueños. Los musulmanes creen que Jerusalem fue construida por una mujer. En el libro místico del Zohar la ciudad está vinculada a Matronita, fuerza divina femenina que desea humedecer sus piedras con el torrente del Kidrón. La recuperación de la soberanía israelí reavivó la esperanza de que Jerusalem volviese a ser la matriz compartida de las tres civilizaciones monoteístas.

Sin embargo, esta ciudad del deseo se resiste a las falsas compensaciones amorosas y a las fáciles sublimaciones místicas. Las

celebraciones oficiales de sus 3.000 años ignoran las cicatrices no oreadas de sus habitantes israelíes y palestinos, y soslayan las pasiones desatadas en sus barrios ultraortodoxos. Los fuegos artificiales por sobre sus murallas fraguan la luz de su cielo transparente, y velan el cono de sombra que extienden sus crepúsculos desde aquella aciaga noche en que Itzjak Rabin pagó con su vida el deseo de convertir en símbolo de la paz a la ciudad por cuya reunificación había combatido tan duramente.

Felizmente, son los creadores, dentro y fuera de sus muros, quienes mejor expresan el profundo deseo de los jerosolimitanos y adivinan el drama pasional de sus innúmeros amantes. Los poetas latinoamericanos también oran, sueñan y aman a Jerusalem. Algunos de los autores de estos textos gozaron de sus almendros y olivos, meditaron en sus ieshivot, descubrieron el vértigo de hacer el amor para santificar el sábado, e incluso lucharon en sus guerras y sobrevivieron al terrorismo que la asedia.

Este número especial de NOAJ no se propone ser otra celebración "oficial" de los 3.000 años de la ciudad santa; tampoco tomar partido en la polémica actual sobre su futuro nacional o binacional en la era de la paz. Simplemente, queremos dar a conocer textos de escritores israelíes y latinoamericanos que experimentan un irresistible deseo imaginario por la ciudad amada. 



Poema sobre Jerusalem

Meir Wieseltier

Si no existiera Jerusalem, ¿qué harían con un poema sobre Jerusalem?
Si no existiera Jerusalem, lo cantarían mientras tanto en otra parte.
Si no existiera Tel Aviv, ¿qué harían con un poema sobre Tel Aviv?
Si no existiera Tel Aviv, lo cantarían en Haifa.

Y después, Tel Aviv volvería a existir, y Jerusalem florecería de la roca.
Y hasta Haifa se extendería sobre el Carmel, como un picapedrero árabe.
Y que un gran sol vuelva a besarlas, como a niños descarriados que entraron en razón.
Y que el calor y la calma reinen en nuestra tierra.

(Trad.: Florinda F. Goldberg)

Moscú, 1941. Llegó a Israel en 1949. Es poeta, traductor y ensayista político. Entre sus libros: *Interior y exterior*; *Cien poemas*; *Salida al mar*.



Jerusalem

En una azotea de la Ciudad Vieja
la ropa tendida refleja
la última luz del día:
la sábana blanca de una enemiga,
la toalla con que un enemigo
enjuga el sudor de su frente.

En el cielo de la Ciudad Vieja
un papalote se eleva.
Al extremo de la cuerda
hay un niño
que el muro mirar no me deja.

Izamos muchas banderas.
Izaron muchas banderas.
Para que creamos que están de fiesta.
Para que crean que estamos de fiesta.

1965.

(Trad.: Esther Solay-Levy)

Mi niño huele a paz

Mi niño huele a paz.
Cuando me inclino sobre él
no sólo huelo el aroma del jabón.
Todos los hombres fueron niños que olían a paz
(y en todo el país no quedó
ni una rueda de molino en movimiento).

Oh país mío, desgarrado como ropas
que apenas podrían ser zurcidas.
También en la cueva de Majpelah hay padres duros y solitarios,
y un silencio sin hijos.

Mi niño huele a paz.
El vientre de su madre le aseguró
lo que Dios no puede asegurarnos.

(Trad.: F. F. Goldberg)

Nació en Alemania en 1924; llegó a Israel en 1935. Figura central en la poesía israelí, se lo identifica también como "el poeta de Jerusalem". Entre sus obras: *El tiempo*; *Hora de gracia*; *La gran calma*.



En las colinas de Jerusalem

Leah Goldberg

I.

Yazgo como piedra entre estos montes,
hundida en la hierba ocre que agostara el
verano,
indiferente y callada.
Un pálido cielo roza la roca.
¿De dónde viene esa mariposa amarilla?
Piedra entre piedras – no sé
cuán antigua es mi vida
y quién más ha de venir
y empujarme con el pie
ladera abajo.

Quizá esto sea la belleza helada
para siempre.

Quizás sea
la eternidad en lenta marcha.
Quizá sea
el sueño de la muerte
y el único amor.

Yazgo como piedra entre estos montes,
entre espina y zarza,
frente al camino que baja hacia la ciudad.
Que venga el viento con sus bendiciones
a acariciar copas de pinos
y piedras mudas.

II.

Todo lo que se halla
fuera del amor
viene hacia mí ahora:
este paisaje que con su cordura de anciano
suplica vivir un año aún, un año más,
una generación, o dos, o tres,
otra eternidad.

Lituania, 1911 – Israel, 1970. Es un clásico de la poesía hebrea. Entre sus libros: *Temprano y tarde* (poemas); *Cartas de un viaje imaginario* (prosa); *La castellana* (teatro).

Colmarse de espinas innumerables,
mecer piedras muertas
como niños pequeños.
Callar viejas memorias,
una más, o dos, o tres.

¡Oh, cuán grande el anhelo de vida
en quien va a morir!
¡Qué terrible pasión,
y qué vana!...
Ser, ser
un año más, un año aún,
una generación, o dos, o tres,
otra eternidad.

¡Cómo se perdería en estos montes
el pájaro feliz,
un canto enamorado en su garganta,
el pequeño corazón palpitante de júbilo,
su nido aún rumoroso de pichones,
un himno de amor en sus alas!

Y de repente
desde el azul
descubre el erial desnudo
acribillado de guijarros.

Salvadle,
salvadle,
que no vean sus ojos el cadáver
de todos los amores,
la tumba de toda la alegría.

En la altura
celeste
permanece suspendido
con su solitario canto de amor
sin tocar la muerte
que está enfrente.

¿Cómo podrá un pájaro solo
sostener todo el cielo
encima del erial
con sus frágiles
alas?

Infinito y azul,
sostenido por sus alas,
por la fuerza de su canto.

Mi corazón así elevó su amor,
infinito y azul,
por sobre todas las alturas,
por sobre el erial,
los montes en ruinas,
los abismos del dolor.

Hasta que la canción enmudeció
en mi pecho,
deshechas sus fuerzas,
se hizo piedra
y cayó.

Amor mío, herido, mudo...
¿Cómo podrá un pájaro solo
sostener todo el cielo?

(Trad.: F. F. Goldberg)



A un estudiante en Jerusalem

Natan Zaj

Cuarto pequeño y asfixiante
al tope de diez escalones de hierro.
Luna afilada y caliente, extinta
tras un rescoldo de nubes. Entre ambos una luz
viscosa, como untada sobre las paredes
por el jamsín que ni siquiera estremece
la ropa tendida a secar en la calle.
El eco de cada gesto te devuelve
—silueta de bordes romos—
a tus propias manos como a una canción de cuna.
La recuerdas, tu cuerpo en la silla, tu cabeza
apoyada en la mesa, los dedos
donde comienza la tiniebla.
Alivio pasajero entre soledad
y soledad.
Pesada lectura en el libro
que se aleja de ti, de tu calma efímera
entre la euforia y el abatimiento,
hacia el corazón de la noche abierta
que te reconoce enseguida por tus oscilaciones.

Berlín, 1930; llegó a Israel en 1935. Entre sus libros: *Antiborradora*,
Noreste: Poemas varios.



En la pequeña casa de la calle Halafta

Rami Saari

En la pequeña casa de la calle Halafta
las tardes transcurren calmas.
Los amigos vienen y van, sabor y olor a mirra.
Una lluvia traslúcida corona la palmera.
Las rosas casi irrumpen en la casa.
Y en las tardes de este otoño infinito estoy siempre en el balcón,
mirando las luces de Talpiot al frente y pensando
en qué estaciones te hallarás ahora,
y cómo desapareciste, igual que la vida.

Israel, 1963. Galardonado en 1995 con el Premio Eshkol a la
Creatividad Poética, es también traductor de varios idiomas, entre ellos
el castellano. Ha publicado los poemarios *He aquí, he encontrado mi
casa*; *Hombres en la encrucijada*.

(Trad.: F. F. Goldberg)



No sé si el Monte Sión

7

Aba Kouner

1.
No sé si el Monte Sión puede reconocerse
a la luz de los reflectores a medianoche
cuando no queda nada de Jerusalem
sino su alerta belleza
en la luz lechosa que resbala sobre sus miembros alas silenciosas
la alzan del desierto que se ha hundido
muy lentamente, hacia más arriba de las estrellas
raro nácar que flota en la noche
gigante transparente
tanto cielo
la baña
no sé si el Monte Sión mira
mi corazón que contiene su aliento tras la ventana enrejada
de dolor y de placer y a quién está destinado
en el corazón de la noche

2.
Estos olivos
que no doblaron la rodilla ante el misterio y ante
las arrugas que agrietan todo este abanico celeste
sobre el camino del valle de Ben-Hinom
No sé si el Monte Sión ve las cosas
que cambiaron hasta lo irreconocible
nuestra imagen. Las manos que lo tocaron día a día
como toca la madre la frente de su hijo
cayeron se escabullen hacia la somnolencia del Mar Muerto
Acaso escucha el griterío
del mercado tras las murallas o la efusión de mi plegaria
en la sombra
– para qué sirven los amigos que miran desde las galerías
cuando nuestro corazón combate en la arena
y para qué estamos nosotros los poetas si no
sabemos decir
si el Monte Sión existe en realidad o
si semejante a nuestro amor su luz aislada de su foco
sube noche
a noche.

(Trad.: F. F. Goldberg)

Rusia, 1918 – Israel, 1992. Combatió en la resistencia antinazi durante la guerra, y llegó a Israel en 1945. Fue poeta, publicista y activista político. Entre sus libros: *Atalayas*; *Boda en el desierto*; *De todos los amores*.



Retazos del derrumbe

Carla Isaak

(Fragmento IV)

"Hace doce años
me volteó la luna,
me abrazó de espaldas
al empujarme contra el muro".
Con cuerpo de gruta
logró rotar
el ciclo de la vida.
Jerusalem,
antifaces que circulan
una y otra vez,
doblan apuestas
por una luz oblicua.

Paso la mano liviana
sobre el polvo de la mesa.
¡Tanta sal que viene de las rocas
y el mar está tan lejos!

Buenos Aires, 1961; reside en Jerusalem desde 1981. Ha publicado *Ratev* (poemas, 1983), una antología de escritores israelíes en español, poemas en diversas revistas literarias y traducciones al hebreo. Su libro inédito *Tarjetas mal dobladas* fue premiado en Bilbao 1993. Este fragmento pertenece a un poema publicado en *Hispanamérica* 71 (1995).



Purificación

Akiva Kononovich

Tiendo la ropa en la terraza
frente a la ieshivah "Luz festiva": prendas
interiores y exteriores
empapadas del sudor de seis días laborales
se deleitan ahora en la brisa,
blancas, inmaculadas. En el mundo de abajo,
ellos tienden sus voces con la ayuda
del Cielo, voz gruesa,
arbusto que asciende y se enrosca
en mis oídos como aladares
crecidos del pecado. Yo
tiendo la ropa en la terraza,
envidio sus voces.

leshivah: academia talmúdica.

(Trad.: F. F. Goldberg)

Argentina, 1937; vive en Israel desde 1969.
Publicó el poemario hebreo *Hakol vehakolar*
(1993), y ensayos sobre escritores hebreos y de
literatura comparada española-hebrea.



La línea de las lluvias

Mario Satz

*De la larga e irregular cicatriz no del todo cerrada
Que a media altura llaman la línea de las lluvias,
Penden, aún, sangrantes, heridas como siglos,
Prejuicios santificados por un tiempo
Siempre proclive a fosilizar las emociones,
Desgarrado entre lo tuyo y lo mío.*

*Le conocí pastores que eran David,
Almas midráshicas rápidas como lavanderas (Motacilla alba)
Vestidas de negro y blanco,
Campesinos del Kidrón,
Mercaderes de volantes alfombras quietas.
Ninguno sabía nada de la línea de las lluvias
Que dividen en mediterránea y desértica la ciudad.
Nadie atribuía al clima sus odios y rechazos,
Sus resentimientos y visiones.*

*Pero, desgarrados entre lo tuyo y lo mío,
Víctimas de su propia genealogía, judíos y árabes,
Jacóxicos o agáricos, clamaban para sí todas las llagas,
Ofensas y rencores, reivindicaciones y milagros
Mientras la paciente, espléndida, hermosa ciudad
Expandía durante la noche cuajada de astros
Su camafeo de eterna belleza, su milenario molino
En el que el trigo de los sueños justos espera
Aún devenir el pan de la realidad compartida.*

*Yo conocí Jerusalem,
La recorrí con flautas y fervores,
La amé más que a mi vida.
Junté lo que la lluvia dividía
Y supe que el eje de Sión es un diamante
En el que duerme el arco iris de las razas.*

Argentino, 1944; reside en Barcelona desde 1978. Entre sus obras: Poesía: *Las frutas* (1970); *Las redes cristalinas* (1985); las novelas *Tierra* (1974), *Sol* (1976), *Luna* (1978), *Marte* (1980), *Mercurio* (1990); *Tres cuentos españoles* (1988); ensayos: *Arbol verbal: Nueve notas en torno a la Kábala* (1985); *El secreto de la miel* (en prensa) y traducciones de textos cabalísticos.



Jerusalem en marzo

Angelina Muñiz-Huberman

A Alberto

Arena de mar que no has conocido
oro de templos enterrados
vidrio romano en los muros

Calles suben y bajan por los montes
Pastorcillos rodean rebaños
hacia laderas de piedra blanca
Un caballo suelto corre por el campo
huyendo de la carretera

En la madrugada tocan las campanas
y es la palabra de Dios en el eco
Sonido milenario, escueto,
cortante sonido de fragua

Ciudad monocromática
que hay que mirar del cielo arriba,
unidimensional,
en círculos de tiempo concéntrico

Ciudad pétrea: de estrellas fijas,
de luna lenta
Ciudad escalonada:
sólidos bloques copulados
Misterio de semen derramado

Sólo por una de las cuatro puertas
—rosa de los vientos— accederás
Luego de peregrinar
Luego de conmiserar

Ciudad en alto,
ciudad de oro amurallada
qué llave pides de amor recóndito,
de huella impresa,
de suaves pechos de Sulamita,
de espada en muslo de rey poderoso,
de palmera

de mirra
de incienso

De lecho de amor
de sábanas de lino
que enjugan licor primordial

Narradora, poeta y ensayista mexicana. Entre sus obras figuran: *Morada interior* (Premio Magda Donato, 1972); *Tierra adentro*; *La guerra del unicornio*; *Huerto cerrado, huerto sellado* (Premio Xavier Villaurrutia, 1985); *La lengua florida*; *De cuerpo entero*; *Dulcinea encantada*.

Soneto de los siete años

José Luis Najenson

Mensajes en los intersticios
del gran muro de Oriente
¿cómo leerlos entre las piedras?
El ojo de Dios elige:
Su mirada está en todas las letras:
combina: reduce: extiende

La Jerusalem que trepa por los montes
entre las cabras y los olivos,
es la Jerusalem del azul del cielo
que se asombra del trasparente
cuerpo improbable

Poco a poco, toma forma y se revierte,
Jerusalem de nuevo,
en la Jerusalem que baja de los montes
entre las cabras y los olivos,
el tañido de la flauta
y el olor de las especias

por sendas que sólo tú has conocido,
por sendas que sólo tú has perdido.

Batsheva ya no tiene siete años,
pero cumplió tres mil esta mañana
en la ciudad de David, contemplando
cómo el sol encendía su muralla.

Yo sé que había un puente sin esquinas
entre ese tiempo y la verdad lejana
que ha de hacerte mujer, y otra vez niña
con el poder del juego o la palabra.

Con su edad de Batsheva recobrada
corría por los techos descubiertos
indefensa ante todas las miradas.

No te importe perder aquel secreto
pues fue en Jerusalem, donde ya estabas
hace tres mil y siete, y otro beso.

Narrador, poeta y antropólogo argentino, radicado en Jerusalem. Es director literario del Instituto Cultural Israel-Iberoamérica.

Batsheva (Betsabé) significa en hebreo "niña de siete años".



Presencia de Jerusalem

Luisa Futoransky

La presencia de Jerusalem en mis líneas, en mis días, es una cuerda grave y sostenida. Ella va por los tres mil años y yo, de escribirla, unos treinta y algo. Signadas por el tres; los numerólogos y cabalistas sabrán por qué, o al menos algo propondrán. A lo largo de mi propio fragmento de respiraciones y ocasos fui perdiendo, o en el mejor de los casos transformando, la reverencia por los profetas, el deseo y entusiasmo por los hombres y la devoción por creencias y utopías. Jerusalem, en cambio es siempre pasión, una Vía Dolorosa, un vértigo, una embriaguez. Para ella, no sé qué quién soy ni quiénes somos. Aquí unos pocos ejemplos de mis pasos y mis versos perdidos y que ella, me devuelve, centuplicados, en lo mejor de mí. Sigo, Ciudad, "subyugada, y a tus pies". París, abril 12, 1996.

Jerusalem, una copa de vértigo

Las rosas de Jerusalem son complicadas
Los peregrinos desesperan

El camino de las rosas de la verdad
es absoluto.

Y me duele/s tanto.

Argentina. Reside en París. Poemas: **Partir, digo** (1981); **El diván de la puerta dorada** (1984); **La sanguina** (1987). Narración: **Son cuentos chinos** (1982); **De Pe a Pa** (1986); **Urraca** (edición francesa, 1991; edición española, 1992); **La parca, enfrente** (1995). Escribió óperas y teatro. Ensayo: **Pelos** (1990); **Lunes de miel** (1992). Ha obtenido varios premios literarios, entre ellos el Barcarola (1996).



Jerusalem, sin fecha

puerta por puerta
mosaico raíz del mosaico

cráter del desierto

herida
muy vasta
costra
costurón que no cierra
al aire

el aire

desde Zippori
por ejemplo
la piel
de dromedario

y la ruina de los templos
cuatro esquinas afianzadas
con sarcófagos de mármol veteado
de huesos y sesos
acaso
para despreciar
a los muertos

en los vivos
de oro iluminada
vergel
subyugada
y a tus pies



En una colina de Jerusalem vi una gran piedra. –Debe ser la señal– me dije. Entonces con la punta de mi bota la volví suavemente del revés. Abajo se afanaba un hormiguero pobladísimo. Me incliné a observar el irremediable desorden que provocara mi ignorancia.

A mi lado percibí con nitidez, el milagroso florecimiento del maná.

Capricornio-Vía Dolorosa 1969

Señor de mi signo
triste Señor del Saturno regente
hoy degusté piedra a piedra
el sabroso calor de la iluminación
o la demencia.

Vine por el monte donde Abraham



estuvo a punto de sacrificar su hijo muy querido;
deambulé por aldeas árabes junto a los pastores
y los cencerros de las cabras,
descansé en cuevas estrechísimas
construidas en la roca viva
a la medida de un beduino, un santo,
un criminal o una fiera a punto de parir.

Sentí resbalar sobre mi cuerpo
el mismo ardor del sol, el deseo y el odio
que recorrieron en tu cuerpo
las miradas de los otros.

Estoy segura,
hermoso y taciturno joven de la Galilea
que como yo, también fuiste
a la casa donde duermen los gusanos de Absalón
—hermano de infortunio—
y tropezaste con los negríssimos ciempiés,
las pequeñas iguanas
y esa rana monstruosa que continúa mirándonos
desde las terribles esmeraldas de sus ojos.

Hice tu camino, señor de Capricornio
–sin orden y con bastante desconcierto–
desde Belén, Cafarnaum, Caná, Hebrón, Gólgota,
a esta calleja estrecha donde una inscripción latina
me señala el sitio exacto en que un oficinista romano

de segunda categoría y relativa influencia
entró en la historia por el solo hecho de prenderte.

Mientras me apoyo
para orar con disimulo en esa piedra
te acercas, como todos los días
por esta angosta, ruidosa vía de la ciudad más ciudad
al menos de esta tierra y este tiempo.
Y quizás estás entre los jóvenes o ancianos
que divagan su hash en el narguile
a la puerta de comercios y salones,
o tal vez revoloteamos como algún pájaro
que en ocasiones se aventura por estos recovecos asesinos
aspirando el olor del oriente
hasta que la imaginación puede corporizarse en un dedal
o en la cruz de Bizancio
que me dio Mohammed, el vendedor de helados, golosinas
y antigüedades de Siloán.

Hoy, cuando bajé al túnel milagroso
de uno de los reyes de Israel
para refrescarme un tanto de las heridas, el sol.
y las horas de caminar por los precipicios de mi vida,
dejé también correr agua en el cuenco de mi mano
por ustedes, nosotros
y los señores de Capricornio que están en camino,
los que por nuestras calles
–carreteras del cielo y del infierno–,



vendrán desnudos o vestidos con su Vía Dolorosa,
 un cometa, un pan bajo el brazo,
 un manto de la dicha o una tienda de souvenirs
 a remover las cenizas
 que construyen y destruyen sus laboriosos hermanos
 porque nadie duda
 que Suyo es el Reino.

Más Chagall que Chagall

Es cierto; muchas ciudades conservan
 nostálgicas callejas de antiguas juderías
 pero nada como Mea Shearim para perderse
 embriagada en sus rancios olores,
 en la historia de los lugarejos todos,
 anónimos y perdidos de la Europa oriental.

Un suburbio que el tiempo voluntariamente olvida
 para que uno pueda reconocer que tal vez descienda
 de esos levitones lustrosos y sucios,
 de esas caras que rehuyen el sol
 de esos pepinos, agrios pescados y cáscaras de naranjas,
 de esa puerta estrecha, entreabierta lo suficiente
 como para filtrar una barba cana y el sonido de un violín,

de esas trabajadas, regateadas transacciones,

de la copita de licor con que la casamentera
 promete encontrarte –formalmente– el marido o la mujer
 antes de que sea demasiado tarde,
 de esa salmodia que balancea su torso con cierta rítmica
 iracundia
 ante un rollo de papel amorosamente arrojado en
 violento terciopelo.
 de esos extraños galerones que ocultan sudorosas cabezas
 por donde asoman labradas guedejas rojizas o cenicientas,
 de esos hombres que desvían su paso y su mirada al cruzar
 [una mujer,

de esas pálidas, antiguas niñas,
 del daguerrotipo vivo de esas jovencitas
 que musitan un idioma suspendido, confuso, trasegado y agónico
 de todos los lugares donde sus padres y los padres de sus padres
 fueron castigados por esa obcecación con que guardan
 sus vestidos,

cuecen sus dulces, pulen sus diamantes,
 repiten sus oraciones y maldiciones
 y estoy segura, día tras día
 intentan fabricar, secreta, sigilosamente
 un golem que mitigue sus pesares.

1969



16 **Autorretrato**

corazón
todavía
estelar
zarzardiente
tarda flor de invernadero
a veces castus
con este betún de Judea
vulgo asfalto
cuarteado
bajo los pies.

Dogma

Mi resto de verdor
todo verdor
perecerá.

Parténope

En Nápoles las calles caen como racimos de uva negra o moscatel
sobre el golfo, de bruces al Mediterráneo. Las carnes palidecen
de deseo, y por las imágenes de madera o escayola, corre el fuego
aguachento del milagro.

Después de Jerusalem es el lugar más indicado para discutir en
voz alta con Dios; Dios, a quien tanto agradan los productos per-
fumados de la tierra y los cantos corales melopeicos y estridentes.

Israel revisited

Aquí los huesos de los gépidos
las polillas engordadas con maderamen
y sebo rancio de templarios
los gatos, salvajes, angurrientos
todos
los hunos
y los otros
ven las estrellas

Distracciones

Caerá polvo de estrellas
chispas del Nombre
y yo sin saber.





Jerosolimitanos

Esther Seligson

LOS jerosolimitanos dicen que viven en una ciudad que es sólo réplica de la *Ciudad de Dios*, la Jerusalem Celeste, cuya imagen se refleja sobre una meseta triangular entre las colinas del desierto de Judea, y proyecta esa edificación terrestre llamada Jerusalem. De ahí, afirman, que Jerusalem no le pertenezca a nadie en particular, y que la fecha de su origen –5.000, 4.000, 3.000 años a.C.– sólo sea un dato histórico y no una realidad. Si fue fundada por un pastor que luego resultó ser el Rey David; o si fue morada de Melquizedec, sacerdote de justicia del Dios Alto en tiempos de Abraham; o si ya en las tabletas de roja arcilla encontradas en la legendaria Ebla se menciona comercio con una tal Urusulim; el caso es que, al igual que en toda fundación sagrada de cualquier lugar santo, bajo sus piedras corre, confundida en el manso fluir inmemorial de las aguas del Guijón, la reminiscencia de un sacrificio humano.

No ha de ser tan metafórico el que fuese Caín el primer constructor de la primera ciudad, ni que sea el fratricidio el trayecto milenario de la llamada “tres veces santa” Jerusalem. Para los jerosolimitanos, sin embargo, esta designación es **exterior**, es decir que pertenece al carácter de lo terrenal, cuando, de hecho, su esencia **santa** escapa, aunque lo detenten, al poder de las religiones oficiales –judaísmo, cristianismo, islamismo–, por la sencilla razón de que no todos sus moradores son practicantes de alguna de las innumerables modalidades de esas tres religiones, y porque una no despreciable mayoría de ellos no la habita por asuntos de religión.

A la Jerusalem **de arriba**, la celeste, los jerosolimitanos la perciben merced a dos fenómenos de manufactura divina: el Verbo y la Luz. Ninguna otra ciudad ha sido tan celebrada a través de la Palabra –salmos, cantos, poemas, cuentos, leyendas,

México, 1941. Maestra de Mitología y Teatro en la UNAM. Ha publicado, entre otros libros: *El teatro, festín enfierno*; *La fugacidad como método de escritura*; *La morada en el tiempo*; *Sed de mar*; *Isomorfismos*; *Tríptico*.

18 profecías, visiones-, y, no obstante, las palabras no logran cennirla, describirla, atraparla, salvo cuando se transforman en **oración**. Quizá, remotamente, por lo inverosímiles, los artesanos anónimos de la Edad Media capturaron imágenes de ella en manuscritos miniados, estampas, tímpanos, cornisas, capiteles, vitrales, mosaicos, frescos, íconos. Quizá, como el Andrei Rubliov de Tarkowski, los iluminados lograron imaginarla, los monjes hesycastas, los padres de la Philokalia, los místicos católicos, los jasi-dim. Aunque en estos casos la Palabra, transmutada en plegaria, es ya pura Luz.

Y es la Luz, primera creatura cósmica (en el sentido de generadora de cosmos = orden), la que, a ciertas horas del día, especialmente en dorados atardeceres primaverales, o durante los ocasos del otoño cobrizo, y en plateadas noches de luna llena, empalma a las dos Jerusalem, la de **arriba** y la de **abajo**. También la luz de las velas quienes, al igual que las plegarias, se transforman en **oración**.

Es decir que los jerosolimitanos reales, aquellos que verdaderamente pertenecen a la ciudad –a ambas ciudades–, sin distinción de credo, de clase social o de identidad nacional, viven de una u otra manera, literal o metafóricamente, inmersos en una oración luminosa que puede, o no, traducirse en/con palabras, música, pintura, danza, escultura, textiles, cerámica, joyería. Jerusalem es un “estado de ánimo-ánimus”, una suerte de ensoñación bachelardiana, una puerta sin umbral ni batientes que se abre para entregarse a los vientos del desierto, a las profundidades de un horizonte ilimitado. Y en eso consiste su “peligro” para los jerosolimitanos quienes, según estadísticas ciento por ciento

verídicas, son los habitantes del país con mayor índice de locura y de suicidios.

Sí, Jerusalem es una ciudad que pesa. No pesada en el aspecto de gravedad –ya que por su misma esencia lumínica es ingrátida–, sino de exceso, de intensidad, de desmesura. Demasiada Historia, demasiadas guerras, demasiadas cruzadas en pro o en contra, demasiadas sediciones, demasiadas sectas, demasiadas piedras. Precisamente son estas últimas, las piedras, las que, se cree, producen y han producido los mayores trastornos. Levantada sobre **La Roca** –uno de los nombres cabalísticos de Dios– en el asiento del Monte Moriah, está construida con el mismo material vivo con que, a la manera de un cuadro de Remedios Varo, el Gran Alquimista pulió la cantera del Templo y, más tarde, otros constructores edificaron santuarios, palacios, torres defensivas, conventos, casas, las sucesivas murallas; y, hoy en día, la ristra de edificios modernos que ha deformado su legendaria y mítica fisonomía.

Jerusalem es una nave de locos al estilo de El Bosco, un fresco barroco de personajes ensortijados sin mucho concierto, aunque con un ritmo propio inigualable. Y no hay jerosolimitano que no esté consciente de esa característica que lo singulariza de los demás habitantes del país, de los pobladores de la región, y del mundo. Pero eso no significa que vivan encerrados en un ghetto. Por el contrario: cada uno se asume cosmopolita a su modo; de ahí que les sea imposible no considerarse modelo de Hospitalidad –no de exclusividad– y de Paz; de ahí que, para todo jerosolimitano, Jerusalem sea un-una Amante que cada cual recibe según su hambre y su sed de Dios...



No la madre de todas las ciudades:

19

Una perspectiva feminista de Jerusalem

Galit Hasan-Rokem

SE la ha llamado madre, hermana, hija. Amada de juventud, divorciada y viuda. Madre enlutada y virgen violada. Hasta prostituta. Se la envolvió en fantasías masculinas tan altas como las montañas que la circundan. Mujer para todo momento, para todas las imaginables necesidades afectivas: para la suavidad, la seguridad y la calma; para la

necesidad de adornar, de conquistar, de subyugar. Y por sobre todo, para la necesidad de enseñorearse de ella, de convertirse en su amo.

De este modo, la relación con Jerusalem fue erigida a imagen del matrimonio patriarcal. Sus amantes quisieron ser sus "esposos", más aún, según el patrón sociológico que conocían, sus

*Poeta e investigadora israelí. Enseña literatura hebrea y folklore en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Activa en movimientos pacifistas y feministas, entre ellos, el Jerusalem Link, proyecto conjunto de mujeres judías y palestinas. Este texto fue originalmente publicado en el **Palestine-Israel Journal**.*



únicos esposos, cada uno de ellos a su propio turno. El nexo con la ciudad adoptó muchos de los sentimientos que son parte de la institución de la familia patriarcal, especialmente en esta región del mundo: la ansiedad respecto del pudor y la honra de la mujer, que es también la de su amo; y, por sobre todo, la posesión exclusiva de sus encantos y su belleza.

Es natural, pues, que cada uno a su turno haya sido colmado por el apasionado deseo de acariciar la redondez de sus combadas colinas y adornarlas con perlas de piedra y ladrillo; de sellar un pacto único y definitivo con la novia; o de penetrar en la hendidura de sus sinuosos valles y dejar allí los signos de su vitalidad y virilidad.

En la actualidad, el discurso utiliza otra metáfora, la de madre e hijas, para justificar la anexión de áreas que nunca antes fueron incluidas en las fronteras municipales de Jerusalem, y así convertirlas en parte del núcleo familiar. Pronto, todo el país será literalmente "Eretz Zion ve-Ierushalaim", la tierra de Sión y Jerusalem, como dice el himno nacional israelí, en palabras que preservan la asociación que hacían los judíos de la diáspora entre el país entero y la Ciudad Santa.

Las mujeres de carne y hueso merecen ser amadas con menos posesividad y mayor igualdad. Pero Jerusalem no es una mujer. Es una ciudad con una larga larga historia, en la que han vivido muchos pueblos y fueron engendradas muchas culturas. Precisamente así se desarrolló el especial carácter de la ciudad. Quienquiera que la gobierne debe verse a sí mismo pequeño, reducido en la perspectiva de la continuidad de su historia, en

lugar de proyectar sueños megalómanos que ambicionan la eternidad.

Jerusalem es mi hogar. La amo, y me duelen sus habitantes vivos y muertos. Ni el amor ni el dolor excluyen sentimientos semejantes hacia otras gentes. Nada en mí desea que mi propia forma de relación con la ciudad sea la única opción afectiva posible. Hay aquí sitio para muchos amores. No hay sitio para la codicia, el despojo y el odio.

Quizás lo más importante sea reconocer que la población de Jerusalem tiene necesidades reales y concretas que es necesario atender: escuelas, playas de estacionamiento, vecinos respetuosos, libertad de vivir con todos los miembros de la propia familia, derecho a expresar la propia identidad cultural, religiosa, étnica y nacional.

No pretendo que los poetas dejen de soñar a Jerusalem como mujer, como madre, hermana o amante. Ojalá que nunca deban lamentarla como viuda o madre despojada de sus hijos. Pero poseemos hoy la capacidad y la obligación de mirar a través de los imaginarios velos con que la fantasía masculina envolvió a Jerusalem durante siglos, y otorgar a esta única y amada ciudad la sensibilidad que emana de un orden más alto de apertura, menos engeguado por frustradas necesidades emocionales, y que puede satisfacerse en compañía de verdaderos hombres y mujeres verdaderas: madres, hermanas, amantes e hijas.

Yo oro por la paz de Jerusalem, ciudad indivisa, dos capitales de dos estados para dos naciones.



Santiago Kovadloff

DE los sitios que conozco, ninguno concentra, como Jerusalén, tanto tiempo en tan poco espacio. La historia, allí, en vez de expandirse, se comprime. No busca nuevos escenarios sino los viejos ámbitos de siempre; y una y otra vez los rebautiza hasta que cada piedra, cada tramo de su suelo arcaico, se convierte en encarnación de símbolos sucesivos y paradójicamente simultáneos. De hecho, el abigarramiento escenográfico permite asistir, en Jerusalén, a una especie de vertiginoso devenir. Momentos cronológicamente distantes, e incluso culturalmente antagónicos, se ofrecen al uní-

sono al espectador, desbaratando esa ilusión procesual que suele tenerse de la historia.

En Jerusalén pareciera mejor expuesta que en otras partes una de las tragedias centrales de nuestra especie: la disputa incansable de la Tierra. Venerada y transgredida; sacralizada y menoscabada como ninguna, Jerusalén se ha convertido en un espejo prototípico: en él puede el hombre contemplar tanto la expresión que a su rostro le infunde el afán de trascendencia y fraternidad como el rictus brutal que le imprime su condición de incansable profanador del espíritu convivencial.

Argentino (1942). Narrador, poeta y ensayista. Poesía: *Canto abierto; Ciertos hechos*. Ensayo: *Una cultura de catacumbas; El silencio y la música; Moisés; El silencio primordial*. Es traductor de poesía brasileña y portuguesa al español. En 1992 obtuvo el Premio Nacional de Literatura (Ensayo) de la República Argentina.



Quien tenga dudas sobre el extraño carácter de esta ciudad de tiempos simultáneos, que la coteje con Tel Aviv. Tel Aviv, con todo su encanto marítimo y su desbordante vida intelectual, no es más que una ciudad de nuestro siglo. Su temperamento urbano no revela el influjo del aliento antiquísimo del pueblo que la habita. Pareciera, más bien, urgida por la necesidad de rehuir tanta antigüedad; como si sus más íntimos afanes estuvieran orientados a alcanzar el cosmopolitismo que hoy iguala, en una misma atonía, a tantas capitales del mundo. Es que Tel Aviv, en suma, es una ciudad secular. Y ello en un doble sentido: tanto por no ser religiosa como por estar francamente sometida a los imperativos de la época que le dio vida. Tel Aviv no rebasa ese tiempo hacia atrás, hacia una retaguardia siempre ensanchable, ni traduce tampoco, como Nueva York, la fiebre por el futuro: hay en ella una sed de presentismo en la que pareciera agotarse.

Tan lejos de una como de otra, Jerusalem es pasión por la eternidad. Pero por la eternidad entendida no como instancia de lo acabado e inmóvil sino como dinámica confluencia y reflujo de todos los tiempos; remolino de los siglos en cuyo jadeo interminable es posible adivinar la idiosincracia del hombre; de su terca igualdad a través del cambio. Ciudad arquetípica, lo es, ante todo, no porque en ella quepan –acaso como en ninguna– los signos esenciales de la riqueza moral, sino por la simultánea y crucial revelación de que allí se han acumulado algunas de las pruebas más rotundas de la miseria humana.

Tal vez a ello se deba esa delicada ironía de la que pareciera dar muestras Jerusalem cuando derrama, ante nuestros ojos, el caudal de sucesos históricos que se aglomeran poco menos que

en cada una de sus calles. A una pequeña columna romana, donde un general del imperio dejó estampado su júbilo tras conquistar, de una vez por todas, la Ciudad para el César, sigue –unos metros más allá– la placa labrada por un rey cristiano en la que celebra haber doblegado a los infieles y devuelto la plaza para siempre a la fe de su Señor. Algo más adelante, le toca el turno a la jactancia turca: la Ciudad, se lee esta vez, ha sido liberada para Alá, por los siglos de los siglos. Y no falta, finalmente, la orgullosa palabra hebrea en la que los israelíes dejan constancia de la definitiva reconquista judía de Jerusalem...

Estos indicios del carácter transitivo y transitorio del poder son conmovedores y escalofriantes. Jerusalem parece burlarse de aquéllos que aspiran a convertirse en sus poseedores perpetuos. Todos caben en ella y nadie, pareciera, puede habitarla si aspira a hacerlo en desmedro constante de los demás.

No deja, por eso, de resultar alentador que Israel, que ha puesto tanto empeño como cualquier otro de los antiguos amos de la ciudad en mantenerla bajo tutela exclusiva, haya sido, sin embargo, la primera en eliminar una tradición varias veces milenaria: la que consistió en sepultar toda huella del conquistador precedente.

Las excavaciones realizadas por los israelíes en la Ciudad Vieja prueban que, al menos en un sentido, hay cierto espíritu conciliador en el siglo XX. Y ese sentido es el de la valoración de lo histórico. Quizá no tengamos mayor predisposición para aprender las lecciones de la historia. Pero nos encanta contemplar y exhibir las huellas de su paso. Esta centuria demostró, al igual que tantas, que las disputas por Jerusalem son perpetuas como ella misma.

Pero, además, tuvo la originalidad de ser el momento en el cual se iniciaron las tareas sistemáticas por el desocultamiento de los restos de las culturas que dominaron la Ciudad en diferentes épocas. La idea del poder se ha refinado: ya no es imprescindible borrar los vestigios de la presencia del otro para que conste que es uno el que ha vencido. Y así, el circuito de sucesivos triunfadores y derrotados expone, bajo el sol infatigable de Jerusalem, los símbolos que hilvanan su diáfana secuencia en el tiempo: a los muros alzados por el rey David siguen los muros que levantó Babilonia; a los de Babilonia, los de Herodes y a los de Herodes, los de Roma; sobre los muros romanos, los de Bizancio; y después de Bizancio, las murallas de los cruzados; sobre éstas las árabes, y sobre las árabes, las turcas; y sobre la piedra turca, la inglesa, y sobre la piedra inglesa, la judía otra vez.

Pero Jerusalem, tan hostil a la soberbia humana, es también una ciudad hecha a la medida del hombre. Y lo digo teniendo en cuenta, sobre todo, la vida que se ha desarrollado *extra muros*. Hay, según dicen, algunas ciudades así en el mundo. Lisboa, seguramente, está entre ellas. Las distingue una aptitud sobresaliente. Son ciudades que devuelven al cuerpo su potencialidad perceptiva. Reavivan el sentido de la proporción entre el hombre y el medio. Son ciudades virtuosas. Equivocaríamos su definición si las llamáramos pequeñas. Sus dimensiones son hijas de un propósito de medida consciente; de una intención franca de equilibrio y correspondencia. Son lo que han querido ser. Nunca el saldo de un deseo de avanzar que se vio frustrado por la adver-

sidad. En ellas, y entre ellas más que ninguna en Jerusalem, se han descartado los espejismos del progreso. Esencialmente, esa idea enfermiza y tan en boga que incita a expandirse a lo ancho y a lo largo y al precio que fuere.

Por todo eso y por último, cabe reconocer en Jerusalem más, mucho más que una reliquia. Porque la vida del pasado, en sus calles, no se nos impone primordialmente, como materia de evocación sino como una práctica palpable e inmediata de verdades que no han sufrido claudicación. ¿Cómo decirlo? No es lo **ya ido** sino lo constante, lo infatigablemente activo lo que allí respira y se despliega en el ejercicio cotidiano. Es el perpetuo conflicto entre deseo y realidad adueñándose minuto a minuto de la vida diaria a través de la prodigiosa diversidad de sus manifestaciones. No es, pues, a un ayer a lo que fundamentalmente se accede desde la orilla del presente. Es a una constante insobornable, raíz y alimento de ese mismo presente; luminosa evidencia ante la que desfilan los hombres llegados desde tiempos sucesivos para rendirse ante el espectáculo abrasador de la eternidad, que es también el de la inconcebible armonía y el de la insondable hondura del misterio de nuestro destino.

Pasan uno tras otro los observadores; se pierden disueltos en el oleaje sin pausa del tiempo. Pero lo observado subsiste, incólume y vigente, para que cada generación aprenda a mirar en Jerusalem el semblante más íntimo del hombre: el de su irreducible y ardua contradicción. La que nace del choque entre lo alto que aspiramos a llegar y lo bajo que solemos caer. 

Papeles urgentes de Jerusalem

Ariel Schiller

...Y alguna vez también sentí el alma despoblada cuando habitaba esta ciudad y aún no se construía tanto como ahora, y las pocas casas de comidas eran sencillas, de alimentos propios de la región y de su gente, y no merecían una nota gastronómica ni necesitaban de propaganda en los periódicos locales.

Y hubo también mañanas de sol despiadado y unánime que seguían a alguna noche de insomnio y angustia, en que yo encontraba la mejor terapia y la mejor catarsis internándome en las callejuelas del mercado de Majané Yehuda en lo que se llama la Ciudad Occidental o Nueva, él mismo ya más que centenario (por-

que en mi ciudad hay muy pocas cosas nuevas, las que lo son reposan sobre antiguos cementerios de nuestras muchas batallas). En ese mercado me impregnaba yo de olores y sabores y pregones con acentos de las diferentes comunidades que habitan esta ciudad, que es invariable y es múltiple.

Con un poco de tiempo y algo de suerte podía intercambiar una charla en idish con el relojero del mercado, celoso de que el tiempo se guiara por el sol y la luna, y no por el Ministerio del Interior.

También podía, y debía, entrecruzar comentarios y alabanzas, casi siempre exageradas, con el Sr. Alfandari, mi carnicero de

*Argentino. Vivió en Israel, y actualmente reside en España. Su campo de trabajo es la traducción y análisis de la literatura hebrea contemporánea. Ha publicado: **Flores de fuego, ceños de fuego. La poesía de Haim Guri**, Universidad de Granada, 1991; **Caminante en su tiempo; La poesía de Natán Alterman**, Universidad de Granada, 1991. Se hallan en prensa sus traducciones y estudios críticos de los poetas Alexander Pen y Uri Zvi Grinberg. Es autor de ficciones en español y en hebreo.*



de siempre pero mucho más que eso, así como consta en alguno de mis cuentos ("Una hija de nuestro pueblo"). El habla un ladino adulterado y jugoso que es lengua de los sefardíes de Jerusalem, y yo le contestaba en lengua de Cervantes, voluntariamente arcaizada, y casi siempre nos unían las tristezas, y siempre había para mí sobre su mostrador de mármol sanguinolento, si no un café turco, un vasito de Arak que yo degustaba y retribuía con frases de alabanza en lengua de Santa Teresa, aunque por entonces Avila aún quedaba lejos.

Como a tantos jóvenes a los que el sueño les ocupa la mayor parte de las ideas conscientes y y las riquezas y los compromisos aún no les pesan en las espaldas ni en los bolsillos, por entonces amaba mucho y tal vez hasta fui amado en algunas ocasiones, pero eso el tiempo implacable lo fue borrando con la erosión de las rocas. También quise trasladar mis sueños y anhelos de justicia a una realidad diferente (que a mí me parecía buena), para los hombres de mi nueva patria, que tal vez fue la única que tuve y conocí realmente hasta en su suspirar tectónico; y junto con otros jóvenes compañeros de utopía, logramos hacernos poco simpáticos para los distintos regímenes que gobernaban la ciudad y el país.

Y fue así como en una edad en que muchos de mis amigos y hermanos de la fuente de origen (*makor*): los "Bnei Gueulateinu" como diría Agnón irónicamente en la primera página de su novela *Ayer y anteayer*, antes de la tercera década de su vida ya tenían mujer, casa y trabajo, lo cual les permitía mantener un exilio dorado dentro de la ciudad que nunca fue del todo suya –

yo, en cambio, sentía la ciudad completamente mía de tanto recorrer sus calles, pero ¡ay!: he aquí que todas ellas se me abrían hacia un exilio incierto.

Quiero recordar, en realidad no puedo olvidar, noches de luna llena en que recorría la calle de los Neviim (Profetas) y seguía hasta la Plaza de los Rusos, donde los ortodoxos tienen su iglesia y los judíos su tribunal y su cárcel, y antes de ellos, los ingleses tenían su patíbulo. Y yo camino por el puro gusto de caminar con la luna asomando entre los muros brillantes de orín, y nuevamente la luna mojando las higueras y las parras en los patios, y tal vez riéndose desde el fondo de las escupideras metálicas del viejo hospital de Bikur Jolim.

Camino cuando ya mucha gente duerme o reza o mira televisión en casas y salones sobre los que se cierne el alfanje del ismaelita, y entendidos profesores y políticos les explican –nos explican– por qué vendrá o no vendrá. Quizá camino de noche para hacerme amigo de los gatos, que es lo más auténtico que tiene Jerusalem, tan violenta y convulsa porque sufre de un exceso de autenticidades desencontradas.

Si quiero caminar menos puedo internarme por una calle que está cerrada en su final (y esta no me conduce al exilio) y es la Calle de los Etiopes, en que los coptos tiene su iglesia y donde, vertical (cortando todo mi divagar con un punto aparte – yo que soy tanto puntos suspensivos), está la vieja biblioteca de Bnei Brith, en que alguna vez hallé refugio del sol del mediodía y me puse a mirar libros y enciclopedias saboreando un vaso de agua helada que gentilmente me ofrecía la vieja bibliotecaria ameri-

cana – no se si aún vive o trabaja. Esta era otra catarsis necesaria para sobrevivir en la ciudad donde Poncio Pilatos y Herodes eran personas notables y Jesús de Nazaret un forastero polvoriento de Galilea.

En la biblioteca me descalzaba de las sandalias, me lavaba la cara y me desabotonaba la camisa sudada, y me sumergía durante horas en libros de historia, geografía y política. Creo con certeza que tropecé entonces con el país que me serviría de refugio y exilio, mucho antes de que un pie mío pisara el aeropuerto de Barajas, o años antes que por primera vez orinara festivamente junto a un viejo olivo en la cima de una colina donde luego construiría mi casa, allá en tierras de Granada, pero no en tierras de la vega fértil, sino en zona de secano, de cereal, olivo y viñedos. No sabía, mientras orinaba ritualmente, con la más íntima alegría de la compulsión satisfecha, que lo estaba haciendo donde hoy se encuentra mi biblioteca que mira hacia el monte que los del lugar llaman Suspiro del Moro, desde donde Boabdil se despidió de Granada y su rojo palacio (Aljambra en lengua de nuestra región), y cuando su caballo volvió la grupa comenzó su camino del destierro, camino del mar, que por mar se vuelve a Marruecos.

Mientras tanto y por razones que no es aquí el sitio de explicar, mi nombre se extendía, a veces para bien entre los que me necesitaban, y las más de las veces para mal entre los que me gobernaban y en cierto modo (debo tomar esto como un dudoso elogio), me temían y me recelaban.

Confieso aquí, y estos papeles urgentes de Jerusalem son razón suficiente para hacerlo ahora que ya no le importo a Herodes ni a Pilatos que tal vez me den por muerto o desaparecido, que este fue un sino de mi vida tanto en Israel como en España: cuando mejor hacía las cosas y mi nombre era alabanza en boca de algunos, enseguida se tomaba en maldición para otros y muy pronto podría verme en la calle; de tal manera que el resto de mi vida, si quería ganarme el sustento de forma normal y como los hombres serios, asentados y adultos, debía invertir mucho pensamiento y energías en hacerme el tonto, no dar iniciativas y escabullarme de cualquier protagonismo.

Lo cual me devuelve nuevamente a la calle y a los sueños, porque la calle y los sueños no me fallaron nunca, ni en Israel ni en España, tanto en hebreo como en castellano.

Por las noches no hay biblioteca Bnei Brit y la Calle de los Etíopes permanece silenciosa, y tan sólo de la iglesia de los coptos que acogió al Negus Haile Selasie se elevan salmos y monsergas en lengua amhárica; entonces tomo por Shivtei Israel, siempre acompañado por la luna y casi a la sombra de las murallas de la Puerta de Damasco, muy cerca ya de Musrara, y de los puestos de sandía fresca de pulpa obscena, donde era tierra de nadie y la iglesia de Notre Dame era frontera de todos, y silenciosamente, entre gatos que miran desde los cubos de la basura y el repiqueteo de mi bastón sobre los adoquines, me dejo entrar en Mea Shearim que es Kehilat Kodesh, y motivo de santas iras entre religiosos y laicos, *jasidim* y *mitnagdim*, lituanos, húngaros y galitsianos. La luna ya está muy

alta, y allí todavía estudian bajo luces de neón una Torá que es toda luz y a ellos los deja a oscuras.

Tampoco allí me faltan amigos, quizá porque yo no soy uno de ellos y no pretendo descollar por grandes reformas halájicas, y a mi pobre persona no le será dado reconstituir el Sanhedrín en la Santa Ciudad de los Odios Reencontrados y los Amores Truncos.

Los sábados por la noche, tarde ya después de la Havdalá, se celebra en muchas Yeshivot y Batei Midrash y en casi todos los *shtiblej* de los *jasidim* la ceremonia de *Melavé Malka* (acompañar la salida de la reina: el Shabat). Esta ceremonia es aparentemente alegre, sobre todo porque se celebra con abundante comida y bebida y se cantan canciones de *Dveikut* que son propias de cada dinastía de Santos Maestros de las diferentes sectas jasídicas, y se cuentan entonces las historias y leyendas que jalonaron la vida de estos rabinos y sus andanzas por las tierras de la nieve, el cosaco y el lobo. Lejos aún del jamsín, pero muy dentro de las "tierras del chacal".

Ya conté en alguna de mis historias cómo me tuve que refugiar durante un corto período en distintas Yeshivot de Mea Shearima causa de algunos problemas con las autoridades por mi hambre y sed de justicia, y seguramente yo no recibiría la tierra por heredad, y lo lamento por el Galileo. Ellos nunca me preguntaron nada y me acogieron como a uno más; lo que le interesa a las autoridades por mi estado temporal no le puede interesar a los que cada día inquieren a Dios cosas mucho más peliagudas.

Yo comí de sus platos y recé sus oraciones, de haberme quedado más tiempo ya me habrían encontrado novia, casa y trabajo (el estudio de la Torá no se me da mal); pero entonces nunca podría llegar a mear junto al olivo de mi colina en Granada, que mira al Suspiro del Moro, desde donde el Moro Boabdil partió hacia su patria primera (*makor*), no por ello menos exilio (¡y pensar que frente a mi casa, a unos pocos kilómetros, se acabó quizá para siempre el sueño de convivencia de Oriente con Occidente...!).

Me lo repite el muecín desde la mezquita de la aldea de enfrente –ahora que hablo desde mi casa en Nevé Yaakov, frente a los montes de Gibeón y Benjamín– ...y ahora ya no tengo el alma deshabitada porque ya no soy mozo y tampoco tiendo a enamorarme, y luego pocas son las cosas que pueden hacerme daño, ahora que Pilatos y Herodes se olvidaron de mí y por esto de la alternancia democrática siempre cambian de nombre y afortunadamente también de enemigo.

Sólo el Sr. Alfandari permanece en su puesto de carne de Majané Yehuda y aun me sigue despachando en ladino.

También permanece el *shamash*, mongólico funcional, que me recibía en la Yeshivá de Rab Arele, una de las más ultra-ortodoxas y fanáticas de Jerusalem. El siempre tenía su mejor sonrisa para mí y yo, un chiste en idish para él. Me tendía una mano esponjosa y húmeda y dejaba la escoba a un lado para mejor hacerme reverencias; en los ojos del bobo yo pude intuir una suerte de elevación mística y pensamientos libidinosos completamente normales; en Simjat Torá bailaba más que nadie, y las mujeres le temían.



Desde entonces, a mí se me ocurre la entrada al mundo del espíritu, la ley y su casuística, únicamente con este *shamash* abriéndome las puertas. Véase si no a Miguel Delibes y sus "Santos Inocentes", pero eso ocurría en campos de Extremadura y yo todavía estaba y sigo estando en Jerusalem.

También hablaba en esta hora de la tarde la voz del muecín llamando a oración desde las aldeas que rodean mi casa de Nevé Yaakov; cinco veces al día suele llorar la pérdida de Occidente que empezó en Granada, muy cerca de mi otra casa y en mi otra patria.

En mi casa de Jerusalem, en el mismo barrio que habito ahora y donde transcurrió mi juventud, haciendo esquina con el desierto y el límite (como la pulpería que describió Borges en "Fundación mítica de Buenos Aires"), me rodean ahora y siempre las casas de A-Ram, Dir el Barid, más lejos aún El Azaría, Anata, y por el otro lado Beit Iqsa y Nebi Samuel.

El muecín proclama la unidad de su fe cinco veces al día, convoca a sus fieles y endecha a Occidente que recela del Profeta y más que nada recela del alfanje.

Y la tarde toca a degüello y pone rojas las murallas de la Alhambra y reverbera en los cipreses y en las fuentes cantoras mientras el viento sátiro de Federico me vuela los papeles de la mesa en la otra casa y en la otra patria, porque hay exilios que ya se hacen identidad.

Y a esta misma hora, salvadas las diferencias convencionales de horario, se encienden con el mismo color tirando a morado las montañas de Benjamín y los minaretes del moro desafían a

los aparatos estereofónicos de los vecinos de mi barrio jerosolimitano.

Nuevamente estoy solo en una de mis dos casas y en una de mis dos patrias, tan cerca del exilio y lejos aún de la redención, pero intuyéndola en cada acto cotidiano. A veces no sé en cuál de las patrias y en cuál de las casas, ni en qué idioma escribo y pienso estas páginas.

Estoy ya lejos tanto del amor como del odio con que pueden acecharme los hombres (casi siempre los poderosos) y otorgarme por gracia las mujeres.

A mi edad ya existen muy pocas pasiones, más bien alguna obsesión fija; la mía casi siempre va ligada a la Redención.

Ahora que mi barba se pobló de canas, compruebo con felicidad horrorizada que el recuerdo va ocupando con honor el lugar de la vivencia.

Y ahora que mi ciudad cumple 3000 años, dicen, y yo ya no tengo el alma despoblada porque tantos exilios también enriquecen, dicen, y mi respirar en sueños se asemeja a su suspirar tectónico, dice aquella que conmigo duerme, quiero terminar estos papeles urgentes con una anécdota:

Trabajaba yo años atrás (casi 20 ¡carajo!) en la absorción de estudiantes latinoamericanos en la Universidad hebrea de Jerusalem. Por entonces se había instaurado la horrenda dictadura militar en Argentina y los recién llegados eran en su mayoría refugiados, y por tanto no eran necesariamente ni pobres ni pioneros ni compañeros de utopía en la tarea de construir Israel y reconstruirse con ella.



Probablemente sus noches estaban sobresaltadas de pesadillas policiales y, cuando alguna vez tenían sueños, quizá soñarían con la Buenos Aires sin soldados, o tal vez con Barcelona, o con México o París.

Para ellos, y no los juzgo, Jerusalem no era un marco vinculante y menos aún una geografía interior sino una mera circunstancia desgraciada, y los jerosolimitanos debíamos parecerles gente rara.

Un día vino a verme una chica porteña, bastante guapa por cierto, y me dijo casi al borde del llanto (aún oigo el acento tanguero de sus latitudes): "¿Qué puedo hacer en una ciudad como ésta?! Yo en Buenos Aires estaba muy acostumbrada a salir. Vos lo debés saber, ¿no?...".

Desde su antigüedad de 3.000 años menos 20 le contesté: "Aquí está el problema, querida: en esta ciudad hay que aprender a entrar".

No sé con certeza si ella aprendió a entrar, o ya está en Barcelona, o tal vez regresó hace tiempo a Buenos Aires, donde por fin puede salir las veces que quiera. (A mí de todas maneras me

echaron de ese puesto, y nuevamente volví a las calles de mi geografía natural).

Tengo también la certeza, verbalizada mejor que nadie por Rabí Najman de Breslav, de que en todos los caminos que hice y por todas las tierras que recorrí y sigo recorriendo, estoy haciendo el camino que lleva de retorno a Jerusalem.

Me falta el *shamash* subnormal y sonriente que me abra la puerta de la *yeshivá* (cada cual entra como puede), pero extraño a la criada Carolka que cita el Maestro Agnón en *Huésped por una noche*: **"¡Que extraños son los caminos del hombre! He aquí que este señor dejó su tierra, su casa y su familia, y viene aquí a ocuparse de antigüedades y de muertos y quiere corregir y reconstruir cosas que ya no tiene remedio y que no les importan a nadie"**.

(Se terminó de escribir en Jerusalem, territorio de Benjamín que no de Judá, en agosto de 1996, y se empezó a concebir en cualquier momento de silencio en campos de Granada, camino del mar.)



A visita do Imperador do Brasil a Jerusalém

Elias Lipiner

A figura do último Imperador do Brasil Dom Pedro II exercia uma grande fascinação sobre as comunidades judaicas do mundo. Na imprensa delas¹ o fascínio do monarca pela cultura e língua hebraica, tão sarcasticamente recebido pelos cronistas e caricaturistas brasileiros, portugueses e estrangeiros da época, mereceu uma apreciação subjetiva.

Dando notícia das viagens de D. Pedro pela Europa, publica *Ha-Tzefiráh* de 20 de setembro de 1876 uma crônica extensa sobre a sua pessoa, atribuindo-lhe o conhecimento de muitas línguas orientais e ocidentais, "inclusive a língua russa". Todavia, o fato que mais admiração despertou no jornalista foi o de que o Imperador, por ocasião de suas visitas às bibliotecas e aos museus na Capital russa, interessou-se particular e longamente pelos livros e inscrições hebraicas antigas e pelos objetos e peças das

exposições referentes à velha cultura do povo de Israel, diante de seu projeto de visitar em seguida a Terra Santa. O autor da crônica encerra-a entusiasticamente com os versículos dos *Provérbios* de Salomão (25:2, 3) aplicados a D. Pedro II: "A glória de Deus é encobrir as cousas, mas a glória dos reis é perscrutá-las; como a altura dos céus e a profundidade da terra, assim o coração dos reis é insondável".

Outro célebre hebdomadário publica no mesmo ano uma "biografia resumida de D. Pedro II, Imperador do Brasil", em que o autor,² além da exposição de fatos comuns, refere-se com especial eloquência aos conhecimentos de hebraico do biografado.

Apressa-se mesmo em tirar conclusões relativamente ao valor dessa qualidade do Imperador "para a nossa língua santa esquecida e abandonada pelos seus próprios filhos espalhados em

*Inmigró a Brasil en 1935 y trabajó como abogado en São Pablo. Vive en Israel desde 1968. Historiador y ensayista, es autor de numerosas obras de historia judía portuguesa, la última de las cuales es publicada este año por la Universidad de Jerusalem. Publicó: **A metafísica do alfabeto hebraico** (hebreo); **As letras do alfabeto na criação do mundo** (Rio, 1982). El artículo que reproducimos es un fragmento de un estudio histórico-filológico sobre el emperador Dom Pedro II, publicado en **Leitura**, São Paulo, mayo-julio de 1991.*



vários países”. Aponta, pois, como “exemplo para todo o fato de o Imperador D. Pedro II, durante a sua viagem à Filadélfia, ao visitar a cidade de São Francisco, visitou a sinagoga da comunidade judaica local, onde procedeu à leitura de um capítulo inteiro da *Toráh*, traduzindo o texto original para a língua inglesa”.

O autor observa mais “que por isso mesmo eu não deixei de invocar tal exemplo aos meus discípulos, censurando-os por terem eles abandonado a língua de seus ancestrais, cuja beleza é sem par. Também exhibi-lhes, para deleite de seus olhos, a imagem do Imperador e sua aparência luminosa.³ Fascinado pela figura do Imperador o articulista termina dizendo: “Há poucos dias visitou o Imperador a cidade de Viena, e ouvi muitos populares que não conhecem o hebraico por considerarem tal estudo pura perda de tempo comentarem entre si acerca dos conhecimentos do Imperador nessa língua difícil e estranha para eles, transmitindo secretamente uns aos outros que ele descenderia dos marranos europeus da Espanha e de Portugal, os quais mantinham seu judaísmo e prestavam culto a seu Deus em segredo”.

Acompanhada pela circulação de tais rumores fantasiados mas dramáticos, a visita do Imperador a Jerusalém em 1876 despertou grande interesse entre a população local. *Ha'-Tzefiráh* de Varsóvia publicou a respeito uma vasta notícia de seu correspondente em Jerusalém: “No domingo próximo-passado, dez de Kislev (dezembro no calendário hebraico), ao anoitecer, chegou à nossa cidade Sua Alteza D. Pedro II, Imperador do Brasil, que Deus enalteça a Sua Majestade. O Paxá da cidade, o comandante

militar e outros muitos senhores e pessoas honradas dentre os ministros do governo foram ao seu encontro, e cem soldados foram colocados em postura militar junto ao Portão de Shekhém (da muralha) enquanto outros eram colocados junto ao Portão de Jafa e em outros pontos, visto que não se sabia ao certo por onde chegaria. Também a orquestra militar foi ao seu encontro na estrada de Shekhém, pois ele não fazia sua viagem na qualidade de Imperador, mas como viajante particular. Por isto não saíram ao seu encontro os representantes dos reis da terra e seus auxiliares. As 10 horas apareceu em nossa terra, entrando pelo Portão de Shekhém, dado que de Beirute –despois de ter passado por Constantinopla, Esmima e outras cidades da Turquia– viajou por terra para Damasco, Nazaré, Shekhém, e de lá veio para esta cidade. O Paxá de Shekhém mandara, para acompanhá-lo no caminho, uns vinte cavaleiros e soldados de infantaria. Ele veio em companhia de sua esposa e de alguns de seus ministros, suas repectivas mulheres e alguns criados. Estava montado a cavalo, ao chegar, e as mulheres sentadas em carros de bois atrelados a mulas dos dois lados – sem rodas (Takhtelion). A orquestra militar quis tocar músicas em sua homenagem, porém ele fez sinal de que dispensava quaisquer honras reais, nem tiros de canhões foram dados. Imediatamente após a sua chegada, sem mesmo descer de seu cavalo, dirigiu-se com todos os seus acompanhantes à Igreja do Sepulcro, onde se demorou, saindo depois pelo Portão de Jafa, para instalar-se nas tendas que haviam montado para ele na grande praça de frente. Na manhã seguinte, bem cedo, viajou em companhia dos cavaleiros militares para a Jor-

dânia, onde permaneceu três dias, e na quarta-feira, ao anoitecer, voltou para cá, porém não quis mais pernoitar nas tendas e foi se instalar na hospedaria pertencente ao governo austríaco (Hospital Austríaco). Na quinta-feira foi visitar todos os lugares santos antigos, bem como as igrejas e hospedarias de todas as diferentes seitas cristãs. Ele montava a cavalo, enquanto as mulheres e um ministro velho que não tinham forças para montar eram carregados por carregadores em cadeiras próprias, e ao anoitecer, posto o sol, voltou para casa. O dia de sua partida daqui, ainda não foi anunciado. Apressar-me-ei em dar essa notícia aos caros leitores, na próxima semana".⁴

Efetivamente, uma semana depois, o mesmo correspondente noticiava: "Na terça-feira desta semana, bem cedo, Sua Majestade D. Pedro II, Imperador do Brasil, deixou a nossa cidade e partiu. Boa viagem! Também ao retirar-se foi acompanhado somente pelo comandante militar e grande número de cavaleiros do exército. No sexto dia de sua chegada, véspera de sábado, dirigira-se para a aldeia de Tur, no Monte das Oliveiras, e à noite visitou o Muro Ocidental (das Lamentações), observando os grupos do nosso povo ali reunidos para, com o coração agitado, derramar suas súplicas perante Deus".

Grande surpresa e decepção, são transmitidas, porém, nas últimas linhas dessa correspondência: "Por todo o tempo que permaneceu em nossa cidade – uns oito dias – nenhum contato manteve com os nossos irmãos, nem visitou as sinagogas de nossos irmãos, embora se dissesse dele que conhecia bem a até perfeitamente a língua hebraica".⁵

O desapontamento da comunidade de Jerusalém com a atitude de aparente indiferença do Imperador era tanto maior quanto mais seus membros se haviam preparado para prestar-lhe uma solene e significativa recepção, eventualmente numa das célebres sinagogas locais, com oferta de um poema lândatório que havia sido compostó especialmente para a ocasião. O poema fora escrito pelo poeta-rabino Ben Zion Schlez, autor de muitas obras poéticas e rabínicas, que já oferecera composições dessa natureza, muito elogiadas, a vários outros ilustres visitantes da cidade de Jerusalém, entre eles, o Imperador da Austria, o irmão do Czar e os Rotschild.⁶

Em outra publicação periódica bilíngüe da época, editada em Jerusalém em hebraico e ídiche, é noticiado o fim da visita de D. Pedro e sua partida para o Brasil. Menciona-se que visitara Hebron, Belém, Jordânia e, na cidade de Jerusalém, todas as igrejas das diversas seitas cristãs, a Mesquita de Omar, erguida no lugar do Templo de Salomão, o Muro das Lamentações, onde contemplou atentamente como os judeus rezavam numa véspera de sábado, para terminar essa longa lista dizendo que "somente as sinagogas de nossos irmãos não visitou, para o espanto de todas as pessoas justas."⁷ Não se sabe, com efeito, a que atribuir a estanha atitude de D. Pedro II, que deixou de estabelecer contacto com os judeus da Cidade Santa, em contraste flagrante com o seu procedimento tão comum em outras cidades da Europa e da América por ele visitadas. Andava talvez distraído com a tradução do Salmo hebraico 122, que exprime os sentimentos dos peregrinos que chegam a Jerusalém, segundo anotou em seu

diário no dia 1o. de dezembro de 1876; ou esgotara inteiramente suas forças e seu tempo nas inúmeras visitas a outros lugares, mencionados pelos correspondentes.

Sem embargo, porém, do espanto provocado por essa atitude, a prestigiosa figura do Imperador brasileiro continuava a empolgar a atenção, a curiosidade e a simpatia das comunidades judaicas, inspirando-lhes os mais profundos respeitos.

Quatro cânticos litúrgico-folclóricos compostos no hebreu provençal do século XVI ou XVII e, traduzindo a parte hebraica para o francês, publicou-os em Avinhão no ano de 1891, em opúsculo de setenta e poucas páginas de pequeno formato, com

erudito prefácio, sob o título *Poesies hebraico-provençales do ritual israelite comtadin*.

Da introdução à pequena coletânea, infere-se que o Imperador fez o seu trabalho no quadro do movimento *Félibrige*, então em voga nos círculos intelectuais franceses, destinado a promover a renascença da língua provençal e de sua literatura. Afora de entusiástico *felibrista*, cultivando o antigo provençal, Dom Pedro costumava dedicar-se, com mais entusiasmo ainda, aos estudos da língua hebraica; e foi exatamente a conjugação dos conhecimentos adquiridos nestas duas áreas lingüísticas que possibilitou ao Imperador a feitura do singular opúsculo.

NOTAS

- 1 Os principais periódicos então publicados em língua hebraica eram: *Ha-Maggid* ("O Narrador"), semanário fundado em 1856 na Prússia, aparecendo depois em Berlim e em Cracóvia; *Ha-Melitz* ("O Defensor"), publicado a partir de 1860 como semanário e depois como diário, circulou em Odessa e depois em São Petersburgo; e *Ha-Tzefiráh* ("A Aurora"), periódico semanário e depois de circulação diária, publicado em Varsóvia, a partir de 1862.
- 2 Jacob Haim Ha-Levi de Lwow, em *Ha-Maggid*, No. 42, 1o. de novembro de 1876, p. 369.
- 3 O autor descreve com luxo de detalhes a figura, fisionomia e aparência física do Imperador de acordo com uma fotografia que tinha visto estampada na *Frank Lesly's Illustrirte Zeitung* de Nova Iorque de 29 de abril de 1876.
- 4 Edição de 3 de janeiro de 1877, ano III, No. 50, p. 396.
- 5 Edição de 10 de janeiro de 1877, ano IV, No. 1, p. 3.
- 6 O documento hebraico inédito, em que se enaltecem particularmente as qualidades de hebraísta do Imperador homenageado e se destaca a sua iniciativa de visitar a sinagoga de São Francisco, na Califórnia, encontrava-se na posse dos sucessores do rabino-poeta, e foi por estes exibido em 1979, para exame, ao autor destas linhas, com a explicação de que se destinava eventualmente a ser ofertado ao Museu Histórico da Cidade de Jerusalém, então em formação.
- 7 *Sharé Zion - Les Portes de Sion*, 15 de dezembro de 1876.





La herencia de Yoshúa

Mario Satz

LE pusieron ese nombre, Yoshúa, el Sanador o Salvador, para que algo de aquel desastre siniestro, de ese bastión de libertad y ara de sacrificios que fue más tarde el Ghetto de Varsovia en su levantamiento contra el horror nazi, perdurara. Niño aún, conoció el fuego, las cien caras del dolor y la única de la muerte; el pavor y la belleza, la depresión y la furia; el heroísmo y la cobardía. La voz del que clama, la del que maldice, la de quien llora y, por boca de su padre, la de quien bendice.

—Toma, Yoshúa —le dijo, un minuto antes de que sacaran a su hijo del horror, con el rostro sereno pero pálido—. Es lo único que puedo dejarte en herencia. Son tu escalera al cielo, tu escala musical, tus especias fonéticas, tus amigas ancestrales, tus sílabas de luz, tus fonemas de maravillas, tus signos de apoyo, tus muescas de identidad, la tabla de tus elementos anímicos y los sonidos más hondos del universo. No es un regalo de gran valor material pero materializa, ni es tampoco grande pero descubre grandezas. No pesa nada y te hará levitar; la finitud de sus bordes abrirá el infinito a tus sentidos y, lo que es más valioso aún, tu familia y tus antepasados y quizá tus descendientes se verán enhebrados y sostenidos por él. Toma, te regalo el alfabeto.

La cajita de madera de cerezo medía —y mide aún— diez centímetros de largo, cinco de alto y siete de profundidad. En su

interior, el padre de Yoshúa, Jacob, había depositado una cinta de seda cruda de tres centímetros de ancho en la que estaban bordadas las veintidós letras hebreas más las cuatro finales. Algunas hojas de mirto secas, semillas de cidro, un trozo de palmera y una ramita de sauce —restos de las cuatro especies sagradas de Sucot—, habían impregnado las letras con el apócrifo perfume de las fiestas íntimas.

Cuarenta años después del día del regalo Yoshúa subía con lágrimas en los ojos la cuesta que conducía al instituto Yad Vashem de Jerusalem, Memorial del Holocausto, Templo al Dolor y la Resurrección, llevando consigo la cajita de madera de cerezo con las letras, su herencia más preciada. La entregó con un susurro de voz, emocionado, devolviéndolas a su lugar de origen, al sitio del que habían salido dos mil años antes. Yoshúa subía la colina mientras pensaba en todo lo que a lo largo de los años le había ofrecido la herencia de su padre, cuánto consuelo, cuántas alegrías y gratas sorpresas. Esa misma noche, antes de ordenar su mesa de trabajo, el secretario del instituto abrió la caja liberando una fragancia de huerto dormido que, a su vez, revelaba, entre los dobleces y junturas de la cinta de seda y según un orden tan riguroso como inexplicable, las palabras hebreas *Arbol de Vida, etz ha-jaim*.



En un Día del Perdón

David Hardan

UNA vez, en ocasión de un Día del Perdón, mi familia se dividió. Mi hijo nos informó con evidente solemnidad que todos los chicos de su clase habían decidido ayunar hasta el mediodía (por algún motivo, este descendiente mío se veía atraído justamente por el tipo de cuestiones que mi padre no había logrado hacer penetrar en mi alma a pesar de todos sus esfuerzos y reproches). Mi hija, que ya había mostrado una tendencia destacada al escepticismo, nos informó que su intención

era sólo examinarse a sí misma y ver si era capaz de contenerse y no comer ni beber durante veinticuatro horas. También mi mujer, debido a su identificación con la madre, se proponía ayunar. Y así fue como me quedé solo, solitario y abandonado, un extraño dentro de una casa donde todos, por distintos motivos, se habían negado a comer conmigo.

Dadas estas circunstancias, salí a pasear por las calles de mi ciudad y mi sorpresa fue grande pues ésta era la primera vez que

*Oriundo de Montevideo, se radicó en Israel en 1948 donde vivió en el Kibutz Mefalsim. Reside en Jerusalem desde 1966. Ensayista y narrador en hebreo. Su libro de relatos más reciente es **De Montevideo a Jerusalem** (1996). Es traductor y editor en español de pensadores israelíes contemporáneos.*



yo caminaba en un Día del Perdón por las calles de una ciudad en Israel. Hasta entonces no había conocido sino el aspecto del Día del Perdón en el extranjero, entre no-judíos, así como su aspecto en un kibutz de librepensadores de mi misma especie. Y no me había podido imaginar la posibilidad de una unidad tan completa entre tantos judíos, como se evidenciaba entre los habitantes de la ciudad a la que mi destino me había traído después de abandonar el mundo de la igualdad. Pero era un hecho: las calles estaban desiertas, las atravesé a lo largo y a lo ancho y delante de mí no vi cruzar ni siquiera un solo vehículo. Todo estaba cerrado y no se veía en el horizonte ni una sola alma laica. Sólo encontré en mi camino a jóvenes religiosos que caminaban lentamente de una sinagoga a otra y los seguí un tiempo. La partícula de desconfianza que todavía bullía en mi cerebro también se vio completamente desmentida: comprobé que los moradores de mi ciudad no se habían quedado en sus casas ni se habían ocultado de los ojos del prójimo, sino que habían ido a apretujarse en forma masiva en las sinagogas.

Regresé a mi calle y comprobé que también mis vecinos se agrupaban todos en la sinagoga frente a mi casa. Algunos adentro, otros cerca de la entrada y los demás en la esquina. Sobre los hombros de todos se veían los mantos rituales, pero la mayoría

estaban sumergidos en conversaciones vivaces que se desentendían de una manera total de la plegaria elevada en altos tonos por el lituano dueño del kiosco y por el pequeño grupo de sus acompañantes.

Algunos vecinos advirtieron mi presencia y solicitaron mi opinión sobre la eficiencia del cinturón de seguridad en los automóviles; entonces, las olas de silencio que me habían acompañado en mi andar por las calles vacías y casi habían despertado en mi alma un espanto sagrado, se quebraron y despedazaron en mil fragmentos de voces y de ruidos alejados de toda santidad, que devolvieron a mi alma su equilibrio y tranquilidad.

Volví a mi casa, salí al balcón y advertí entonces la sombra de mi suegra, que seguía en el mismo lugar donde la había visto cuando salí de la casa. Me acerqué a la puerta de su cuarto y la vi sentada, con el libro de oraciones sobre su regazo. Su cabeza estaba algo inclinada y sus labios se movían, dejando escuchar una voz muy suave, casi imperceptible. Me dije a mí mismo: en todas las calles de la ciudad reina un silencio desprovisto de santidad; y en los lugares consagrados al culto hay un alboroto que asfixia toda plegaria. Y sólo en este lugar, por sobre la silla modesta en que se sienta mi suegra, el silencio se ha impregnado de santidad y la plegaria es realmente plegaria. 



La guerra por dentro

Nardo Zalko

Mi primer encuentro con Jerusalem data de febrero de 1961. Acababa de llegar al país y corrí a verla. Nevaba. El segundo, unos meses más tarde, de cuando me precipité para ver a Eichmann, que había sido secuestrado en un Buenos Aires donde aún yo vivía, y que ya estaba encerrado en una jaula de vidrio. El tercero, de unas semanas después, cuando Israel festejaba su Bar Mitzvá y, parado al borde de la calle, sobre la avenida King George, observaba pasar el modesto desfile militar con el que se festejaba el acontecimiento en la ciudad partida por el medio. Recuerdo la cabeza de león de Ben Gurión, que abría la parada en un automóvil y sus cabellos blancos al viento. Transcurrieron años. De noche, sobre la terraza de un edificio abandonado que dominaba la puerta de Mandelbaum, esperaba la llegada del amanecer aferrado a la ametralladora para, ya liberado de la tensión desatada por las tinieblas, hacer un gesto amistoso al legionario que, sobre una casa similar del otro lado del pasaje este-oeste de la ciudad, también había vivido su noche abrazado a su arma.

Estos cuatro encuentros iniciáticos no permitieron imaginar que iba a producirse otro, fundamental, el de la Guerra de los Seis Días. Su descripción se encuentra en mi libro inédito, **Diario de una tierra prometida**, que quizás se publicará alguna vez.

Argentino. Vivió en el kibutz Ein Shemer de 1961 a 1970, fecha en que se radicó en París. En Israel y en la capital francesa fue corresponsal de **Marcha** de Montevideo. Es jefe de Desk del Servicio Latinoamericano de la Agencia France Presse. Publicó en Buenos Aires la novela **Crepúsculo en La Habana** (1994).



Día 30 de mayo: Esta espera nos asesina prematuramente y sin embargo nos aferramos a ella porque mientras tanto ha surgido la esperanza. Tal vez no ocurra nada: parece que los diplomáticos están trabajando horas extra.

Cuesta escribir bajo las nubes de minúsculos mosquitos, invisibles casi, que se introducen por los orificios de la nariz, por la boca, en los oídos. Cuesta escribir bajo el calor espeso, en la incertidumbre que por ahora es el único enemigo concreto que enfrentamos. Nadie sabe ya qué es lo que se espera, por qué se espera y hasta cuándo.

Día 2 de junio: Aún nada. Una semana ya que nuestros cuerpos y nuestras almas se van deshidratando paulatinamente.

Día 4: ¿Por fin? Son las tres de la mañana, y hace algunas horas hemos abandonado el naranjal. La suerte está echada, a más tardar antes del fin de esta jornada sabremos a qué atenernos, y estaremos en posesión de los más mínimos detalles. Al escuchar la orden, que llegó rápida y cortante cuando estábamos llenando nuestros tarros de metal con el té de la cena, nadie atinó a pensar en voz alta sobre el significado de esta nueva época que comienza: movidos por un resorte misterioso, nos lanzamos en la noche a una actividad febril, sin interrogaciones, aceptando tranquilamente la evidencia de este despertar. Después, cuando cada uno completó su equipo, se llenó de municiones, de granadas de mano y de aflicción, nos sentamos en el suelo aún tibio esperando los vehículos que de un momento a otro tenían que llegar.

Ahora, agotados, nos hemos tirado sobre la tierra y tratamos de dormir. Algunos, con los ojos enormemente abiertos, clavan sus miradas en el cielo con tal ansiedad que sus pupilas brillan como si estuviesen encendidas. Otros ya duermen profundamente, otros fuman, también de cara al cielo todavía estrellado.

Día 5: Nos sacude el latigazo de una sirena. Abrimos los ojos espantados, nos ponemos de pie. Hasta donde llega la mirada, cientos de cuerpos sembrados en un campo abandonado y liso que poco a poco se van levantando del suelo, descubriendo un sol ya alto y una mañana serena. De pronto algunos aviones pasan rozando la tierra, anulando nuestros pánicos con algunos signos amistosos que hacen con sus alas. Restregando los ojos, por fin hemos comprendido: nos reservan para un poco más tarde, pero la catástrofe –¿dónde?– ya ha comenzado. En esta mañana plena de sol.

Corren ahora las órdenes, tranquilas, a media voz. Indicaciones más bien, consejos, sugerencias. El detalle que quizás nos salvará no debe ser olvidado, el equipo debe estar a punto. Las radios portátiles resuenan entre los grupos que se mueven lentamente, que arrastran cajas de balas, que se ajustan mutuamente correas y cinturones. Una sinfonía fantástica que disipa poco a poco el vapor de la incredulidad.

Esta noche morirán muchos de los que ahora, en estos mismos momentos, se preparan para el asalto, escriben cartas, las últimas cartas, limpian sus armas, charlan con un amigo, escuchan las últimas noticias, o simplemente se han sentado en el suelo con los ojos perdidos en el horizonte. Esta noche tal vez también yo muera, y la idea se presenta con una naturalidad



sorprendente. ¿Pero cómo, en esta mañana preñada de luz, desentrañar el misterio?

En algún lugar de esta tierra, en la madrugada de este mismo día, ha comenzado la guerra. En el segundo en que clavo sobre el papel el lápiz con que escribo, diez, cien o mil hombres mueren a la vez. Tan cercanos y tan lejanos de estos campos suaves donde nos hemos instalado esperando nuestro turno y disfrutando todavía de algunas horas más de vida. En efecto, esta noche, esta misma noche.

Un amigo del kibutz, que pertenece a otra compañía, viene a despedirse. Me da la mano, dice "hasta pronto," sonríe. No puedo responder otra cosa que "quizás."

Nos llama para el estudio definitivo del nuevo plan de combate. Sorpresa: anulan el salto en paracaídas sobre las arenas del Sinaí. El comandante señala con una rama un mapa clavado en un árbol. "Quizás" encontrarán esta libreta manchada con mi propia sangre en el lugar señalado ahora sobre el mapa. Quizás nunca más vuelva a escribir. Dentro de unos minutos partimos hacia Jerusalem y de allí, quién sabe adónde.

Resoplando, los autobuses que otra vez nos transportan penetran en estas calles que siempre conocí encerradas en una maldad secular, y pasan frente al café desde el cual un día, feliz y libre, miré cómo la gente se detenía o avanzaba al compás de las luces del semáforo. Pero ahora estas calles están sepultadas por un contrapunto de ruidos espantosos y es difícil reconocerlas entre las sombras, quebradas cada tanto por los fogonazos y por los silbidos de los obuses que pasan luminosos sobre los techos bajos y estallan en algún lugar detrás de nosotros. Un intercambio a

distancia, por el momento, un ablande mutuo que prepara para la próxima y temida fantasía convertida en realidad. Desde ya, dentro de los autobuses cargados de hombres y de municiones y de máquinas infernales, podemos imaginar los horrores que sentiremos frente a la posibilidad de vemos despedazados en un instante y sin aviso previo. Aun ahora, algunos camaradas duermen, indiferentes al peligro, y sus cabezas caen sobre los hombros de sus vecinos.

Día 6: Junto a los autobuses cansados, en una plaza irreconocible, esperamos nuestro momento, que llegará muy pronto. Algunos vecinos, veteranos quizás de otras guerras, salen de sus refugios con unas bandejas y nos ofrecen una taza de café. Más allá, esfumándose dentro de una callejuela, una fila oscura de soldaditos de papel se pierde tragada por la niebla, el humo y el ruido de las explosiones. Un nuevo silbido llega escalofriante y aborta en un estallido ronco.

Con cada explosión, con cada oleada de miedo, interrogando con la mirada, tratando de penetrar la oscuridad, a mis amigos tirados por el suelo, a estos hombres que ahora son mis hermanos, para siempre, y que se aprietan contra el asfalto de la calle. Pero no, la tormenta ya está desatada, desatada desde hace mucho tiempo y ya nadie puede detenerla, no hay que soñar, ni siquiera en esta ciudad.

Miro el reloj: ¿Son las dos o las tres de la mañana? La noche sigue pesando con toda su desnudez. De pronto, una voz, y lentamente los condenados a la muerte o a la gloria dejan de esperar, recogen sus armas y comienzan a moverse, aproximándose

sigilosamente al punto de lanzamiento hacia el fin de las historias. Intento adivinar sobre los rostros oscuros las marcas de la muerte o de la vida, descubrir ahora quién estará aún vivo cuando el sol aparezca dentro de dos o tres horas. Pienso de golpe en los que están del otro lado de la línea de demarcación, en sus temores, en la sorpresa mortal que se desmoronará sobre ellos dentro de unos minutos, apenas demos el asalto. ¿Pero qué hay allí enfrente, a unas centenas de metros, detrás de esa estrecha tierra de nadie? Imposible imaginar rostros o formas definidas, sólo vemos allá negros laberintos de interrogaciones y de horrores. Este horror que debe ser tan violento, en estos instantes, sobre toda esta ciudad que se lamenta, tan común a estos seres que se agazapan en las tinieblas, de un lado y del otro, bajo la tierra, entre las callejuelas, en las trincheras, bajo los autobuses, en los sótanos, en los techos de las casas, en los refugios.

Un largo silencio, y de golpe la tierra estalla en un solo movimiento, como si todos los elementos se desatasen al unísono, liberados de los tubos de acero por manos temblorosas. El asalto se abre como una flor carnívora, salta impaciente rompiendo la cáscara de un huevo empollado largamente. El combate se ahoga en un estrépito que nos hace perder para siempre en la bruma de la irrealdad. Relámpagos de recuerdos, trozos marchitos de intimidad pegan como latigazos y se confunden con el torbellino exterior. Salpican ahora las esquirlas del olvido, y queda solamente lo que es sangre y fuego.

Los morteros que pretende hacemos trizas como si no fuésemos más que un montón de miembros ya putrefactos dibujan un fantástico telón de acero que nadie osaría tratar de quebrar con

su cuerpo. Pero los que aquí emergen del humo y entre las balas incandescentes que trazan siniestras líneas rojas, no parecen ser hombres de carne y hueso sino figuritas convencidas de su invulnerabilidad, apocalípticas imágenes verdes y grises que se hunden de cabeza dentro del fuego y avanzan y avanzan, sin reparar en los pedazos de hierro candente que vuelan por el aire.

A nuestro lado caen los primeros, derrumbándose solitarios y mudos en medio de nuestro espanto. Opereta armada con cuerpos destrozados, con gritos de dolor, con llamados a la lucha, con voces que empuja la histeria, con miedos que se funden en el fondo absoluto de las detonaciones. Un nombre de mujer sale de la boca de un moribundo y apenas se destaca, por un segundo, repercutiendo contra el caos total, contra la pérdida de todo conocimiento.

Las calles se han encendido, el acero rebota contra las paredes de piedra y cruza el aire barriendo con todo lo que le hace frente. Un trozo de hierro traspasa el casco de Beny y hace estallar su cabeza. Sin un grito, sin palabras. Cuerpos desarticulados, miembros volando raudamente en el aire de la ciudad santa, volcanes que nos persiguen en todos los refugios, palabras amigas en un momento de repliegue, sangre familiar, humo y sangre. ¿Cómo será el pasaje de la vida a la muerte? ¿En qué momento vendrá? ¿Seguiré viendo, desde allá, el latido de la vida de los que quedan vivos? ¿Quién tiene la culpa de esta catástrofe? ¿Cuándo terminará esta carrera, por qué no ahora mismo, detrás de esta muralla de piedra tallada? Un nuevo obús se estrella contra la pared de una casa y un ciclón nos arroja lejos, lejos, ilesos sin embargo.

Un amanecer teñido de rojo vivo se alza poco a poco sobre seres atareados en matarse. Encendido como nunca, por la acción

conjunta del sol que pugna por salir y por el fuego escupido por los hombres, el cielo cambia de color, sangra, se retuerce dejando pasar el día como si éste fuera un simple amanecer en una mañana cualquiera, como si nada estuviese ocurriendo en esta tierra que la luz ahora trata de invadir, como si no estuviesen muriendo al compás de la aurora cientos de hombres, destrozándose cuerpo a cuerpo en una combinación sincronizada de acero, de fuego, de sudor de sangre y de sol naciente. Los objetos emergen del humo y de la niebla que se mezclan a ras del suelo. El contorno de las casas de piedra se precisa desolado, las cimas de las colinas bombardeadas están envueltas por una bruma ocre y gris.

Día 8: La locura continúa imperturbable durante toda una noche, durante todo un día, durante toda otra noche. Los amaneceres volcánicos se repiten y a través de ellos el alud sigue adelante, siempre adelante. Nos detenemos por un instante y vemos que hemos quedado, a esta altura de las cosas, menos de la mitad de los que éramos al principio. Nos detenemos, por un segundo, y tomamos conciencia de que ya nos hemos familiarizado con la muerte, que nos hemos acostumbrado ya a abatir hombres, a correr en medio del fuego, a vivir perfectamente de acuerdo con un terror profundo y constante y con ese temblor matabísico tan insoportable al principio. Ya nos hemos acostumbrado, también, a ver la vida del amigo ayer sonriente a la espera un reencuentro o una palabra, irse ahora por entre los dedos que infructuosamente tratan de cerrar una herida. El cuadro de un cuerpo carbonizado ya no nos sorprende y el hedor que comienza a ganar el campo de batalla recalentado y pleno de vapores y de moscas, apenas nos molesta.

Un instante de calma en el que procuramos desesperadamente dormir, dormir lejos del peligro y de la muerte, y quizás así despertamos después, mucho más tarde, cuando la tempestad haya pasado, y descubrir que todo este apocalipsis no fue más que un mal sueño. Porque de todo lo que aquí estamos haciendo, de todo este sufrimiento y de todo este sacrificio inconmensurable, debe salir algo, una revelación, una enseñanza, una experiencia imborrable que impedirá el nacimiento de un nuevo cataclismo.

Después de otra noche fenomenalmente incendiada; después de otra noche que vuelca sobre nuestros cuerpos sus entrañas reventadas; cuando temblando de dolor y de incredulidad nos refugiarnos en la protección engañosa de una posición conquistada. Después de esta otra noche, cuando dentro de nosotros se agita un mar de rencor, los que por algún designio misterioso han quedado aparentemente intactos más allá de la destrucción del tiempo reciente que ya no se puede medir, descansan ahora, desparramados por el suelo como pétalos muertos. La suciedad, el sudor que se transforma en una capa de barro fino y los labios resquebrajados por las horas de sed y de ferocidad son los únicos testigos de esta lucha sin precedentes, de este zarpaso que restalló en una noche hacia finales de la primavera para sabotear nuestro hasta entonces incuestionable derecho a la existencia.

Más allá de las trincheras conquistadas, que ahora nos protegen, arde un galpón. Con un esfuerzo me levanto y miro por primera vez la ciudad que se extiende a nuestros pies. Casas bajas de piedra tallada, techos chatos rojos y grises, ventanas oscuras que parecen ojos vaciados. La torre de una mezquita rompe la uniformidad del paisaje que allí abajo aparece estratificado, ago-

tado y desierto. Una ciudad en el país de las maravillas, al alcance de un gesto de la mano. Podría ahora arrojar una piedra y ver cómo se deforma la superficie de este lago tranquilo sobre el que se refleja la ciudad herida, otra vez silenciosa, esperando.

Legan algunos camiones que traen relevo, esos hombres que cada vez toman posesión tranquilamente de lo que hemos arrancado con nuestras uñas y dientes, para permitirnos seguir adelante, más adelante aún, hacia algún otro punto indómito o hacia alguna otra colina de la muerte. Los soldados bajan embutidos en sus uniformes limpios y se lanzan inmediatamente en una carrera frenética por recuperar el botín que nuestro desinterés incomprensible ha dejado dentro de las casas acibilladas o en las construcciones que abrigaban un ya inexistente estado mayor. Estupefactos, vemos cómo por las puertas y ventanas reventadas surgen alfombras persas, cubiertos de plata, botellas de licor, un reloj de oro, desapareciendo prontamente en los sacos y bolsillos de estos soldados frescos.

Día 9: Los hombres por fin duermen, acurrucados entre sus armas y bagajes, bajo la noche negra llena de indefinibles sospechas. La muerte puede llegar otra vez sobre esta colina fresca, que yo ahora guardo protegiendo, a mi turno, el sueño de combatientes agotados que ya nada quieren saber de otras guerras o de otros combates.

Las sombras se agitan y me aferro al fusil que aparece como única tabla de salvación. Un pájaro nocturno –otro sobreviviente– pega un grito lamentable y se esfuma en la oscuridad. Del valle que se abre a nuestros pies se eleva una niebla espesa que trato de horadar con mirada impotente.

Una brisa fresca hace zumbir los pinos de la colina. Del fondo del valle, mezcladas a la niebla, suben ahora las sombras de los muertos, se despegan de la tierra y avanzan. Un sollozo rompe el aire, rebotando contra las piedras invisibles de la montaña.

¿Habrá terminado ya esta guerra? Al atardecer, agazapado detrás de la ventana de un hotel, un francotirador se llevó aún una vida. Inmediatamente después fue él quien abandonó nuestro mundo, haciendo una pirueta fantástica, volando durante unos segundos y estrellándose a nuestro lado.

Día 10: Detenemos el coche para llenar con agua la calabaza que una beduina cubierta de negro y sin edad nos ofrece con un gesto callado, mientras aprieta contra ella, con la otra mano, a un niño indiferente a todo lo que ocurre alrededor. Sobre los techos de las casas, atados en algunos palos puestos a la apurada, flaquean trozos de trapos blancos, esperanzados banderines. Algunas familias, en fila india, aún se arrastran sobre la carretera, sin meta aparente, inclinados bajo enormes fardos, cajones y bolsas. Jóvenes, niños, viejos, hombres y mujeres, todavía aterrados por el infierno que descendió de los cielos. Una tierra reseca, condenada eternamente, requemada y gris bajo los rayos del sol implacable, tierra cubierta ahora por un olor putrefacto, cajas de tomates desparramados reventando bajo el calor y automóviles aplastados por algún tanque enceguecido.

El polvo del camino nos convierte en fantasmas grotescos y las gotas de transpiración trazan líneas sucias en las caras.

Pasado mañana nos envían de vuelta a casa. Los que quedamos, pasado mañana volvemos a casa.



El discípulo de los asesinos

43

José Luis Najenson

I

Estaba sentado en un banco de la pequeña plaza, frente a la escuela, mirando el cielo de Jerusalem, o, más probablemente, el rostro del guardián apostado entre las puertas. Era muy joven, traía un solideo ladeado sobre el cabello motoso y una mochila que había sido blanca colgada de su brazo.

Los pocos niños que habían llegado temprano se perdían por los caminitos de piedra o pateaban desganadamente una pelota, esperando a sus reales adversarios. Un par de maestras, con nalgas enormes y perfectas, se apresuraba hacia sus aulas. No muy lejos, las murallas hervían de mercaderes, turistas atolondrados y promesas mesiánicas.

En la cúbica escuela de barrio, todo transcurría como de costumbre; el director llegó a las 7:45, y saludando al papá de turno a cargo de la guardia civil, le preguntó si había hecho la ronda por los patios. Luego se internó en la penumbra del interior semivacío, que pronto sería inundado por un millar de voces. En el

jardín de entrada, alfombrado de césped perenne, ya se estaban formando los verdaderos equipos de contendores. Disputarían el breve pero intenso partido de fútbol que solían jugar durante esos quince minutos previos al comienzo de clases. El aire quebradizo de la primavera caracoleaba entre los rizos rebeldes levantando, más lejos, alguna que otra falda desprevenida.

El niño persa llegó agitado por una larga carrera y el peso de su mochila, arrojándola en el lugar previsto para que fungiera como poste de arco; a pocos pasos, una desordenada hilera de camperas multicolores señalaba el límite convenido para la cancha. En ese momento, el joven se levantó del banco acercándose al recién llegado y le rodeó los hombros con ademán protector.

—“¡Tenemos que ganar!” —le dijo en persa, y descargó su mochila para fijar el otro poste de la valla; luego, acomodándose las ropas, se colocó en el centro de la meta dispuesto a defenderla de los inminentes ataques. Ambas mochilas eran casi idénticas, ajadas por el uso y repletas hasta el tope, habían adquirido ese color ceniciento que sólo otorga el tiempo.



El niño lo miró con admiración, era su nuevo "amigo grande" que le hablaba en su lengua materna y compartía su pasión por el fútbol. Lo había conocido un par de semanas atrás, en ese mismo sitio, a raíz de la similitud de sus mochilas; y él había sugerido a los compañeros del curso, que peloteaban todos los días espontáneamente, un novedoso sistema de juego: Como no había lugar suficiente para dos vallas opuestas, ambos equipos se turnaban en la ofensiva y defensa de un mismo arco, siete minutos cada uno, declarándose vencedor al que metía más goles. De este modo, lograron interesar a los alumnos de otro curso, añadiendo al juego el encanto de la competencia. Como ningún niño quería el puesto de guardavallas, él se había ofrecido para atajar, imparcialmente, los tiros al arco de los dos rivales. Siendo, además, el mayor de todos (el resto bordeaba los trece años y él parecía de quince o dieciséis), oficiaba también como árbitro de los partidos. Y en verdad lo hacía correctamente, sin discriminación alguna, aunque había expresado de antemano su adhesión al cuadro del niño persa. Por añadidura, atajaba con bastante eficacia, no escatimando esfuerzos para impedir los goles, fuera quien fuese el atacante. Pero como el día anterior había ganado el otro equipo, arengó al del niño persa, antes de comenzar, con encendidas palabras, en un hebreo casi perfecto.

A las 7:52, con el cambio de turno, no había habido goles todavía; especialmente este día... trataría de que no se produjeran, que la pelota ni siquiera tocara los improvisados postes. Porque en una de las mochilas gemelas, bien forrada con lona impermeable, el hijo de puta había puesto una carga explosiva capaz de destruir a todo el colegio, en un solo instante.

II

7:55, aún sin goles; le pareció que el guardia lo miraba. "Carajo, qué tiro. La derecha, debo cuidar la mochila de la derecha". Alcanzó a desviar el potente pelotazo a un lado de la valla. "¡Por un pelo!". Algo había aprendido durante aquellos dos años en Cuba. Y no sólo fútbol. "¿Por qué me mira el guardia, por qué no se va a la mierda? La derecha, cuidado con la derecha".

Su plan era impecable, lo había madurado una semana entera. Se le ocurrió después del encuentro fortuito con el niño persa, a quien escuchara farfullar unas palabras en su idioma. La meta estaba fijada desde mucho antes por el *Viejo de la Montaña*: "niños, centenares, un millar de niños, todos a muerte".

Pero la forma quedaba a su criterio. Y el riesgo. No de su propia vida, que estaba ofrendada, sino del fracaso, lo impensable. "¿Imprevisible?, no hay tal", había dicho el Viejo, allá en el paraíso escondido cerca de Nisapur. "Ya falta poco, muy poco. ¿Por qué cresta no deja de mirarme aquel judío comemierda?".

7:57 "Dentro de dos minutos terminará el juego, y ese pequeño descastado que se cree mi amigo entrará al aula con su ofrenda mortal: 'La mochila de Troya'. Obsequio del Viejo de la Montaña, diamante del Islam. *Inshalla*".

El guardián estaba apostado en la entrada ("¿llevaría armas"?). La mayoría de los niños ya estaba adentro y el calor perlabla la frente de los improvisados jugadores. "No podía distraerse, la derecha, la derecha... ¡ah! si lo viera ahora el Viejo de la Monta". El pelotazo le pegó en el rostro, entre las cejas, presionando sobre la silla turca del esfenoides. Había evitado el gol,

pero quedó un momento atontado por la fuerza del golpe. "No pasó nada, aguantarse. ¡Judihuelos de mierda! Ya las pagarán todas. ¿Por qué no estaría aquí el Viejo de la Montaña?"

7:59 "¡Terminó el partido!", gritó el hijo de puta mientras silbaba estridentemente, al estilo de los cazadores de torcazas, allá en las orillas del Yaxartes. "¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Esa especie de paz, que no volvería a conocer. Sobrealimentar primero a las palomas, dejarlas comer hasta el hartazgo, hasta que pierdan el miedo al sitio-trampa y a los cazadores furtivos. Y luego... Pero nunca lo habría cambiado por la brevedad intensa de los días con el Viejo de la Montaña, por la entrega infinita, la dulzura de una promesa ya hecha para siempre". Los pequeños futbolistas se abalanzaban sobre sus ropas y útiles, en el casi imposible intento de llegar a las aulas en un minuto exacto. El niño persa marchó con su mochila colgando del hombro izquierdo, agobiado, no sin antes acercársele gozosamente para exclamar ¡Victoria, esta vez les ganamos! Y aceptó su apretón de manos como un gesto implícito.

"Hasta mañana", le respondió confiado el hijo de puta, "habrá revancha". Y arrastró la mochila gemela hasta el banco más alejado del parque, para esperar el desenlace de lo inevitable.

III

8:00 Debía esperar otros cinco minutos y el delicado ingenio explotaría puntualmente. "Así lo quería el Viejo de la Montaña. Carne joven, preciada ofrenda de sacrificio. Golpear donde más les duela". Con ello se aceleraba el paraíso, que había

entrevisto en Nisapur. El Viejo poseía la llave de los secretos de la vida y la muerte. Aquella montaña era una puerta al más allá. La misma montaña de los asesinos, de los *aschís-sin*, que contaba Omar K. ¿Sería el mismo Viejo, ya inmortal? Le habían dejado atisbar, incluso probar, la imposible plenitud de aquella vida ulterior, la verdadera vida. Lo que merece un guerrero del Islam: huríes, visiones incontables, siempre hermosas, dolorosamente reales; fumar, beber, amar, engullir extraños manjares, ver colores que no existen, todo al mismo tiempo, sin pausa. Atragantarse de placer hasta reventar, como aquella paloma alcanzada por la piedra. Después el silencio, la delicia de obedecer, esperando una nueva ronda. Uno, dos, cien, mil, baldes sin fondo. Desagotar la alberca brillante por otras lunas, con el rostro del mismo Viejo de la Montaña, repitiéndose infinitamente en las aristas del agua".

8:05 "¿Por qué no pasaba nada? ¿Acaso había intervenido, como solía decir el Viejo, el ángel que guarda a los judíos?"

"¡Maldición!, ese gol atajado con el golpe; la derecha, cuidado con la derecha...". Un cielo ennegrido en pleno día, en pleno mayo. El viejo rostro del Ayatolla, miríadas de veces adorado en lugar de Alá, el de Bendito Nombre, se le cruzó en el último instante. El eco de la explosión hizo trizas los vidrios de las ventanas. Los niños corrían en tropel hacia ninguna parte; sus maestros no les dejaron atravesar las puertas. El guardia se acercó al banco entre columnas de humo y fuego: sólo polvo. Algunas esquivas habían chamuscado apenas el césped de la cancha.





La Jerusalem de Else Lasker-Schüler

“Una gema engarzada en su esmalte castaño”

Anastasia Telaak

para Else Levi-Mühsam, Doro y Katja

“Por todas partes cuelga todavía una triza de Jerusalem. A menudo allí donde uno no espera encontrarlo –entre las manos arrugadas, trabajadas hasta el cansancio de una madre, o en la loma rocosa de un país devastado. Por todas partes, si prestas atención, pasa rodando a tu lado una piedrecilla de la pirámide antediluvial Jerusalem; y es que tropiezas con su borde, desprevénida en tus caminos.”

(Das Hebräerland, GW II, 963)¹

DESDE la ciudad antigua de Jerusalem, pasando por la Puerta del León, se llega, tras un corto paseo cuesta arriba, angosta la calle, al Monte de los Olivos. Allí, en el viejo cementerio judío, fue enterrada en 1945 Else Lasker-Schüler. Era enero, la guerra todavía no había terminado. Seis años vivió en la “eterna

ciudad”, eternamente inquieta, y allí murió, expulsada de la patria alemana. En ese lugar que desde el temprano exilio le pareció como el “observatorio del más allá”, y que tornó a ser su último refugio ante el nazismo en 1939. ¿Por qué me sorprende saberlo, al llegar aquí en el quincuagésimo aniversario de su muerte?

Estudió filología hispánica francesa y alemana en Friburgo, Colonia y Madrid; su tesis versa sobre la obra del escritor argentino Mario Szichman. Entre 1994 y 1996 enseñó idioma alemán para niños y francés y español para adultos en la escuela Talitha Kumi, Beit Jala, en la Autonomía Palestina, y cursó estudios de literatura judeo-alemana en la Universidad de Jerusalem.

Poetización temprana de un sueño

Jerusalem estuvo en el principio de la existencia de Else Lasker-Schüler como poeta, cuando ella todavía no la conocía personalmente. Con ello se inserta, en primer lugar, en una larga tradición vigente ya desde los tiempos del Antiguo Testamento, en los que se comenzó a cantar a la ciudad como síntesis de sueños proféticos y mesiánicos, como el "corazón del mundo". Además, la Jerusalem "celestial" se convirtió ya desde muy temprano en un ambivalente punto de condensación dentro de su indagación del judaísmo y, en este contexto, también de su papel de artista. A mediados de los años '90 del siglo pasado, Else llegó a Berlín, proveniente de una casa asimilada en el Elberfeld renano donde nació en 1869, un año antes de la fundación del imperio alemán ("Deutsches Reich") cuyo creciente nacionalismo y antisemitismo marcaran su infancia y juventud.² En la metrópolis prusiana pronto entró en contacto con el movimiento sionista Judaísmo Joven ("Jung-Jüdische Zionistische Bewegung"), en el que participaban, entre otros, Ernst Toller y Gustav Landauer. También, y sobre todo, entabló relaciones con Martin Buber y su círculo. Este intentaba en aquel entonces señalar, particularmente a la burguesía asimilada judía, un camino diferente de las "penas de la diáspora" y de la enajenación, hacia un renacimiento espiritual del judaísmo y una "historia de soberanía" ("Selbständigkeitsgeschichte") que fuese cultivada solidariamente por todos los judíos.³ Por ello, quizás no sea asombroso que "Sulamith" –junto con "Das Lied des Gesalbten" (La canción del Ungido) el poema más temprano y seguramente el más famoso de Lasker-Schüler sobre Jerusalem–

se haya publicado en 1901 en *Ost und West. Monatsschrift für Moderne Judentum* (Este y Oeste. Revista Mensual de Judaísmo Moderno), recién fundada por Buber para fomentar un "renacimiento judío".

"Sulamith" merece una atención especial, ya que no sólo aparece más tarde en la primera edición de *Hebräische Balladen* (Baladas Hebreas, 1913), nutridas explícitamente de un fondo bíblico-judío, sino que también finaliza su libro *Das Hebräerland* (La Tierra de los Hebreos, 1937), en donde la visión de la "ciudad edificada en las alturas", condensada en 14 líneas líricas, se despliega como en un cuadro vistoso mas también sombrío.

Sulamith

*¡Oh, de tu dulce boca
Aprendí demasiadas delicias!
Ya siento los labios de Gabriel
Arder en mi pecho...
Y la nube de noche bebe
Mi hondo sueño de cedros.
¡Oh, como me hace señas tu vida!
Y me disuelvo
Con floreciente corazón en penas
Y me lleva el viento en el universo,
En el tiempo,
En la eternidad,
Y mi alma se consume ardiendo en los colores crepusculares
De Jerusalem*

La poetización de Jerusalem que hace Else Lasker-Schüler en "Sulamith" recoge el amor bíblico del Cantar de los Cantares. A él remiten el título, los motivos del beso y el "sueño de cedros", así como las metáforas de lo dulce y del fervor tan características de la canción bíblica. Asimismo resuena aquí la tradicional interpretación alegórica de esta canción como el amor de Dios hacia el pueblo judío. "Sulamith" se centra también en el anhelo amoroso de un Yo hacia un Tú. En un principio, éste implica una proximidad inmediata debida a su extremo impacto sensual: "¡Oh, de tu dulce boca / Aprendí demasiadas delicias! / Ya siento los labios de Gabriel / Arder en mi pecho...". Sin embargo, la experiencia de amor aludida aquí ha tenido lugar en un pasado no claramente definido, y en la efusión e intensidad que se le atribuyen –un "demasiado"– también se transluce el dolor de Sulamith ante una dicha ahora viva sólo en el recuerdo. Mas, a pesar de toda distancia, en este recuerdo del pasado se confirma la unión inmediata del Yo con el amado Tú: al comunicársele las "delicias" por "boca" de éste, literalmente encuentra su puesto en una tradición. Yo-Sulamith ha recibido una inspiración hondamente enraizada en el judaísmo: en la "Sabiduría de los Padres" de la Mishnah se subraya no sólo lo transmitido por los mayores, sino también el acto mismo de recibir y de transmitir.⁴

Por otra parte, la consumación de su anhelo se proyecta en un futuro inminente y se anticipa en la imagen de alegre anunciación por el mensajero divino que le promete destino y aun distinción. Y ahora, al coincidir estas primeras cuatro líneas en un "ya no más" y un "todavía no", despertando la espera del

momento en el que por fin se cumpla la promesa, el poema entra en una calma inesperada, extraña: "Y la noche bebe / mi hondo sueño de cedros". En el presente del poema, el ansia y profundo deseo de Sulamith cesan de repente, encuentran su alivio – en un sitio lejos de la luz de la realidad. "Claro sueño – oscura vigilia" dice en "Der Letzte" (El último), un poema de 1911, y en este sentido puede entenderse aquí la particular oscuridad de la nube nocturna que bebe el "hondo sueño de cedros". Es otra luz y claridad que la de una realidad cotidiana: una revelación "celestial", en cuyo centro el Tú anhelado se identifica con Jerusalem.

"¡Oh, cómo me hace señas tu vida!" – esta exclamación forma el centro, el "ombligo" del poema, al que le corresponde con exactitud la última línea que dice el nombre concreto de la ciudad, mítico "ombligo del mundo" y patria de los exiliados, sitio desde el cual, según la Kabbalá, uno puede llegar al cielo.

Sitio que reúne también toda la ambivalencia del anhelo de Sulamith. La satisfacción del deseo en el sueño también significa precariedad, enaltecimiento y condensación amenazados por la finalidad y la fugacidad. Más que Jerusalem, es su "vida" quien le hace señas, la interpela directamente, atractiva y prometedora. Pero así lo hace ya desde la lejanía onírica, y su implícita ausencia inminente es tal que Sulamith comienza a seguir los pasos de su sueño y a disolverse, dejando atrás todo lo terrenal y temporal por amor a la dolorosa felicidad –las "demasiadas delicias"– que parecen repetirse con el "floreciente corazón en penas": "Y me disuelvo / Con flore-



ciente corazón en penas / Llevada por el viento en el universo,
/ En tiempo, / En eternidad, / Y mi alma se consume ardiendo
en los colores crepusculares / De Jerusalem". En este espacio
metafísico, hacia el cual se evade Sulamith en una ascensión
al cielo, finalmente se produce una transcendencia: tras la in-
materialización del Yo su alma "se consume", se evapora
completamente en su sueño – y se redime como en una di-
mensión mítica, a la que previamente su anhelo ha desplazado
una imagen de la realidad: la ciudad terrenal de Jerusalem.

***"¿Dónde estás, ciudad lejana con aires
de terciopelo?"⁵***

En este temprano poema sobre Jerusalem, en una época
en que la poeta no solía tematizar el judaísmo directamente
en su poesía, se reúnen los motivos que forjarían su obra. El
ansia de amor y la búsqueda de una patria, la cuestión de Dios,
la pérdida y la muerte son aspectos a los que Else siempre trató
de enfrentarse mediante la proyección de un mundo más hos-
pitalario –el mundo de la imaginación y de los sueños– y que,
en su metaforización específica, se iluminan en vista de las
circunstancias de su vida. Estas muestran en un principio a la
tradición judía como algo lejano, como intuición, no como
transmisión práctica y "saber" normativo.⁶ A partir de sus
años en Berlín empezó a desdibujarse la ajenidad radical y
cada vez más manifiesta de Else Lasker-Schüler. Para empe-
zar, rápidamente renunció allí a la engañosa seguridad de un

matrimonio acomodado, burgués y asimilado como la familia
de que provenía. Luego, siendo una artista de la bohemia, no
podía esperar ser reconocida en una sociedad que se encon-
traba en un proceso de escisión y aberración que pronto re-
sultaría fatalmente desastroso. "Prinz Jussuf" es, en alusión al
José bíblico, intérprete de los sueños, sólo uno de varios dis-
fraces decididamente antiburgueses con los que ella trataba
de sobrevivir por la estrecha vía entre arte y vida dentro de
un mundo inhóspito. Pero el aspecto más grave de su deso-
rientación fue su exclusión y, más tarde, la injuria y la perse-
cución sufrida en su entorno no judío a causa de una identidad
que ella incorporaba como una "ignorante". Ni una tradición
judía ortodoxa, ni un concepto más general de existencia ju-
día, más allá de la asimilación dentro de la sociedad alemana
de su tiempo, nada de ello podía ofrecer a Else un marco de
vida válido, en el que encontrar la seguridad de la fe y a sí
misma.⁷ También el sionismo, con el que simpatizaba, era re-
ligioso, de talante místico, y nunca tan fuerte como para im-
pulsarla a emigrar voluntariamente a Palestina. Muchos inte-
lectuales y artistas judíos emprendieron el camino hacia la iz-
quierda política, al reconocer en el proyecto de la simbiosis
judeo-alemana todos los síntomas de un fracaso. Esta vía tam-
poco resultó ser la adecuada para Else. Y es que su utopía era
a la vez menos y más que la de la "Menschheitsdämmerung"
("alba de la humanidad") – era menos general que este *motto*
programático de los expresionistas, porque estaba más deter-
minada por una búsqueda muy propia de su judaísmo y de un

Dios personal dentro de éste. A la vez enraizada en la cultura alemana, en su lengua y literatura, que ella siempre asociaba con su madre –“alta admiradora de Goethe” y de Heine y “madrina de mis dos mitades” (YoyYo, GW 7, 237)–, Else vivió desgarrada en vísperas del ascenso de la Alemania nazi, infelizmente atada a sus orígenes judíos. De aquí que el dolor sufrido por Sulamith junto a la felicidad total en el jardín paradisiaco del Cantar de los Cantares quizás cobre aún otro sentido. Recibir “delicias” de tal tradición, sentir a raíz de ella un “corazón floreciente en penas”, significa una distinción que, sin embargo, resulta problemática, porque quiere merecerse en condiciones en la que esta distinción, al ser judía, se convierte en un estigma.

“Vengo en septiembre, aunque tenga que marchar a través del Mar Rojo”⁸

En 1933, Else Lasker-Schüler es una de las primeras en huir a Suiza ante el régimen nacional-socialista. Su situación financiera es pésima, y psíquicamente apenas soporta las heridas que le causa el antisemitismo alemán. La mística judía, que había abrazado tras la muerte de su único hijo extramatrimonial Paul en 1927, no puede proporcionarle un verdadero sostén. Su fe necesita alimento: seres humanos y sitios en los que pueda confirmar tanto la esperanza de un lugar seguro y soberano dentro del judaísmo y entre los judíos, como la confianza en su capacidad artística.

En la primavera de 1934 emprende, desde su exilio en Zurich, su primer viaje a Palestina. El motivo más inmediato fue su inmi-

nente expulsión de Suiza, donde su presencia era considerada oficialmente “ni necesaria ni deseada”.⁹ Mientras que en Alemania sus obras se quemaban como documentos del “arte degenerado” (“entartete Kunst”), las autoridades la instruyen repetidamente para que suprima sus “actividades ocupacionales como poeta”.

A pesar de estas condiciones, con este viaje también puede concretarse por fin el profundo sueño desde cuyo horizonte en otros tiempos Jerusalem le había hecho señas, sueño que en un “acto poético [...] *sin par*” destinado a la gloria de los judíos iría a tomarse realidad: su libro *Das Hebräerland* (La Tierra de los Hebreos, 1937).¹⁰ Con esta obra –escrita y publicada al regresar tras dos meses a Suiza–, Else Lasker-Schüler trata de superar su desarraigo también dentro de la comunidad judía de Zurich y de recuperar su antigua fama como “poeta de los judíos”. El significado verdaderamente existencial de “la tierra de los hebreos” se revela además en una carta escrita a Jakob Job el 18.3.35: “...debo admirar el libro de los palestinos que tanto me llena el corazón. Si no, sería cobarde. Siempre pienso en los torturados en campos de concentración y casi me avergüenzo de mis quejas” (BR I, 256).

“¡Palestina – una revelación unida, única!”

Das Hebräerland no es un itinerario “realista”, a no ser en el sentido de una realidad muy propia que descubre la poeta en Palestina. Porque las imágenes meándricas y escenas asociativas, a veces también fantásticas, que le ofrece a los lectores, son esencialmente parte de un pictograma psíquico, reflejos del ansia y de la esperanza más alta que simboliza la Tierra Prometida para

la desterrada del nazismo. "Quiere uno contar algo de Palestina – insípido trazarse un plan. ¡Toda Palestina es una revelación!" escribe ya en las primeras páginas (GW II, 788), para luego celebrar con palabras enfáticas y aun himnicas a Jerusalem como su centro. Allí, Else encuentra e imagina su fe en Dios, en un judaísmo sumamente personal, y escribe una poesía inspirada en esa fe. "La estadía en la Tierra Prometida, sobre todo en Jerusalem, fortalece la fe en Dios, en la 'Divinidad en Reposo'. Contra su mejilla se apoya Jerusalem" (GW II, 795), dice acerca de la "ciudad sagrada", lugar de contemplación y sosiego de dudas y apremios interiores. "Claras nubes, sí, transparentes, vuelven a pasar por mi mente" (GW II, 944f): así comienza *Das Hebräerland*, con una variante luminosa de la nube nocturna que ya en "Sulamith" le había inspirado su visión de Jerusalem.

Sin embargo, al describir Palestina y sobre todo Jerusalem, Else Lasker-Schüler no sólo deja correr libremente a su imaginación, lo cual, por lo demás, no es del todo atípico para la literatura creada en torno a la Tierra Prometida.

La Jerusalem terrenal – entre Oriente y Occidente

**"Me encanta vivir en medio de las ciudades
y cuanto más en Jerusalem! Cómoda detrás de
los setos vivos, en cualquier parte, me parece huir
de lo que acontece"¹¹**

"¡Palestina no es de este mundo! Su Jerusalem juega armoniosamente con el reino de los cielos" (GW II, 896), dice Lasker-Schüler

más de una vez. Pero también en el *Hebräerland* aparecen, siguiendo por supuesto una mirada selectiva muy personal, fenómenos muy concretos y típicos de la fascinante vida multicolor de la Jerusalem "terrenal", en particular de la parte occidental de la ciudad, en aquel entonces claramente marcada por la labor de construcción sionista.¹² Repetidamente se encuentran indicios de cosas "prosaicas", como por ejemplo el refrescante "mitz" (jugo) de naranjas que suele tomar la poeta todas las mañanas; los "dulces de Färweroff" (nombre de un restaurante en el oeste de la ciudad); el "Cinema Zion", del que confía que no estimule su debilidad –ya legendaria– para el cine. Else menciona las obras de canalización del rey Salomón, recién descubiertas, como posibilidad de solucionar el problema del agua en Jerusalem, describe la configuración de las calles céntricas por la que pasa inesperadamente una caravana nubia, una librería en Ben Yehuda, la galería de arte "Steimatzky". E, incansablemente, a personas que la impresionan cada una por su particularidad, a menudo belleza: dos mendigas egipcias en la calle de Yaffa, judíos de Samarcanda, "orgullosos israelitas" españoles y persas y "sacerdotes *jasidim*", un monje griego conversando con un sacerdote abisinio en el Café "Vienna", coroneles ingleses y los "golden boys de los regimientos escoceses" que se refrescan con "vino de Palestina" (GW II, 931 ss); surgen figuras familiares de la vida cotidiana, como la guapísima funcionaria en el Correo Central y los jóvenes y "atrevidos" arrieros árabes, o aparecen prominentes personalidades como Arthur Ruppin, el director de la sociedad de colonización y responsable de la más nueva arquitectura urbana oficial, en la que,

como por ejemplo en la “villa imperial” del Keren Hayesod y del Keren Kayemet, la poeta ve una “insípida hez de rocas jactanciosas” y “afectados monstruos de casas” (GW II, 811 ss). También encuentra por casualidad una vez a “Adon” Gershom Scholem, el entonces joven profesor de la cátedra de mística judía en la Universidad Hebrea de Jerusalem, al que le reprocha sin miramientos querer “descielarme las leyendas del santo Israel con el veneno de la lógica”. “Llevar a la boda el milagro (...) con una lógica de maestro de parroquia resulta en una *mésalliance*”, opina indignada. Porque la revelación, según Else, le acontece sólo “a una persona que mora en una hendidura de tiempo más elevada” – al poeta, al “superador del tiempo” y “superador del espacio” por excelencia (GW II, 802; 922; 921).

“Jerusalem es de figura pequeña, la novia elegida de Dios...” (GW II, 792)

Así, Else Lasker-Schüler abandona las más veces a la Jerusalem terrenal para seguir a su inspiración poética –a la luna y a las nubes–, transida de una fe mística en sus propias revelaciones. Esto lo hace cómodamente desde la colonia Rehavia, el barrio residencial preferido de los emigrantes judeo-alemanes:

Rehavia, oh Jerusalem sonriente, siempre tengo que pensar en ti... a menudo descansábamos en la tienda, acariciados por el aire. Desde la colonia Rehavia, si tiene uno coraje, se llega inmediatamente, para informar con exactitud y decir correctamente la hora, a la luna.

A partir del fin de la semana vuelve a decrecer considerablemente, entonces uno puede subir a su barca dorada. La hoz de la luna va horizontalmente a lo largo del borde del cielo en Palestina. El que se mueva horizontalmente se debe a razones geográficas, las que le interesarán averiguar más al astrógrafo que a una poeta. En Palestina no hay crepúsculo. Es decir, desde el origen del mundo, ninguna caída pesada como plomo en el día luminoso. Una prueba divina para la archisantidad de Palestina ya en el plan de la creación. Fue el amor de Dios que, al pintar la Tierra Prometida, apagó el gris en la paleta de nubes. Con una velocidad encantadora, la claridad del día se cambia en la oscuridad de la noche. Y la melancolía de los poetas y su miedo terrenal los provocan otras razones que el furtivo palidecer de la luz del día (GW II, 813).

De modo semejante al de Dios en la creación de Palestina, también la poeta omite con preferencia en la suya lo oscuro, todo lo ambivalente y disonante que marca el país en alto grado. Esto lo logra tanto mejor al escribir *Das Hebräerland* desde sus recuerdos. El especial cromatismo y el imaginario de lo visto provienen a menudo de “Sulamith” y del Cantar de los Cantares. En términos cariñosos y enfáticos, Else Lasker-Schüler describe a su lugar de anhelo varias veces mediante la alegoría de la amante bíblica:

Jerusalem es de figura pequeña, la novia elegida de Dios en la tierra de Palestina, y sin embargo de estatura tan inmensa con el abrigo de sus cielos lilas y su vestido empedrado de hondonadas. Una pequeña ciudad, una dulce ciudadela - Su Sión; se alza con cada piedra, en un cuadro de rocas (GW II, 792).

Si Palestina es el "libro de Dios", entonces Jerusalem es "la novia velada de Dios": "Dios quiere a Jerusalem. La ha guardado en su corazón. Ha elegido a esta ciudad de las ciudades" (GW II, 788). Desde su difícil realidad como exiliada, ansiosa de hallar una vez más la felicidad en la realidad exterior, en la iconización de su propio anhelo, la poeta elige a su propia Jerusalem. "Muero de la vida y vuelvo a respirar en la imagen", escribía Else en una novela epistolar del año 1912, y ahora se cumple esta confesión en la continuación de una temprana imagen onírica, que en su calidad de poeta posteriormente la confirma como profeta y la traslada a una cercanía inmediata al demiurgo divino: "Desprendido de Dios, se mueve nuestro mundo; sólo Jerusalem permanece pendiente del cordel del Sagrado Sueño del Creador. ¡Jerusalem, que no es de este mundo!..." Hasta los días de su infancia persigue su "perspectiva inspirada" sobre la "tierra de los hebreos" que la destina a "compartir con el Señor la responsabilidad de Su Creación Favorita" (GW II, 793), porque ya en aquel entonces había "dibujado tantas veces Jerusalem y escrito un versículo debajo de la pequeña imagen santa (...) como hoy en días selectos; quizás de modo más original y de raigambre más fuerte" (GW II, 907). En *Das Hebräerland* su creación finalmente coincide con la creación divina, y es así que su existencia como judía, artista y ser humano obtiene su sentido transcendental: "Palestina, edificada como siguiendo un dibujo infantil, es el cuadro magistral de Dios, la magistral obra infantil de Dios" (ibid.).

"Jerusalem es el observatorio del más allá, el antecielo del cielo" (GW II, 788)

En esta convicción como poeta-profeta, Else Lasker-Schüler se construye un suelo bajo los pies. Sin embargo, si su proyecto de Palestina y de Jerusalem en su subjetividad divinamente inspirada garantiza que este lugar, donde la poeta nunca pensó radicarse, permanezca como algo especial, algo que pueda elegir y de lo que pueda disponer libremente según sus propias necesidades –de bendición, de consuelo–, precisamente por ello es un proyecto precario. La poeta sólo logra consolidar su "suelo" y darse a sí misma plena substancia al insertar a su "misión" en el cuadro más general del sionismo religioso. En efecto, *Das Hebräerland* se abre con el famoso versículo "Vosotros seréis un reino de sacerdotes, un santo pueblo" (Exodo 19:6), a modo de *leitmotiv* en hebreo y en alemán. En este sentido exclama:

No todas las personas que viajan a la tierra de Palestina viven allí conscientes de su tarea. ¡iiiPalestina obliga!!! Para recuperarse en un sentido espiritual, Jerusalem, la capital de Palestina, es el lugar propicio, el baño terapéutico del alma. Pues la ciudad bendice al que anhela la bendición, la piadosa ciudad consuela al que busca ser consolado. Jerusalem es el observatorio del más allá, el antecielo del cielo. En esta divina creación se construyó el primer templo (GW II, 788 ss).

Indignada, Lasker-Schüler critica la "indolencia" de aquellos judíos que vienen a la Tierra Santa sólo para probar de ella

“como de un plato afamado y nunca antes saboreado”, y luego regresar con buena conciencia a Europa (GW II, 919). En contraste, celebra al “pionero hebreo” quien, partiendo de Herzl, el “*melej* (rey) muerto” y “vivo e inmortal indicador de camino” (GW II, 789), cumple incondicionalmente con la misión mesiánica de Dios:

El pionero hebreo despierto a Palestina de su bíblico y milenario sueño de leyendas. Alzo en la perdida tierra prometida un cáliz, lo lleno con la vid de su sangre, sacrifica su vida por Dios para volver a ganarla – en forma más elevada (GW II, 793).

El trabajo de construcción sionista en Palestina finalmente se vuelve tanto más exigente y, en vistas del fascismo y nacional-socialismo cada vez más amenazadores en Europa, tanto más necesario, por cuanto sólo allí los judíos pueden realmente esperar un retorno divinamente legitimado desde la diáspora y de la persecución a su historia, un regreso a una identidad intacta como “hebreos”:¹³

Bajo el peso de su elección jadea, perseguido por pueblos hermanos, el alma de los judíos. En el corazón de algunos judíos va muriendo la fe en la justicia. Mas el hebreo consciente del contenido de su carga divina lleva el peso responsable, el dulce niño de los mandamientos... la Torah, sonriente, en sus brazos (GW II, 883).

“Una vez , ‘todos’ los judíos regresarán a casa a la tierra de los hebreos, a juntarse en los lugares de sus templo” (GW

II, 895) – también Else Lasker-Schüler parece regresar a casa cuando en ocasión de Shavuot sigue, cual “última peregrina”, las procesiones de judíos religiosos al Muro de los Lamentos. Y aun si lo hace a una visible distancia, mencionando que “¡No soy hebrea por amor a los hebreos, sino por el amor a Dios!”, no deja de afirmar su profundo amor hacia el “más pequeño pueblo entre los pueblos, al que pertenezco con corazón y alma” (GW II, 816).¹⁴

“¿Por qué no todos los hombres de todos los países juntos al menos una tierra?” (GW II, 908)

Sin embargo, este sentimiento de familiaridad y de pertenencia siempre resulta frágil, por estar ligado a una amplia ignorancia de las realidades y una subjetividad idealizadora, a veces incluso “absolutista”. Por otro lado, el idealismo utópico de Lasker-Schüler, surgido de su propia ansia de armonía, reivindica con convicción indudable la aptitud, la obligación ética del ser humano para con la paz y la responsabilidad hacia al prójimo, a la vez que la fidelidad consigo mismo – es decir la *conditio sine qua non* de una vida comunitaria estable.

Este dilema se muestra una vez más en su visión de Jerusalem como lugar por excelencia de coexistencia pacífica, visión que contradice de modo flagrante la relación entre judíos y árabes, empeorada tras la acrecentada inmigración sionista en la época del Mandato Británico. De repente, el mundo árabe-oriental, al que siempre se había sentido afín como a un oriente de ensueño desde una distancia geográfica y dentro de su poesía (vívida)

—por ejemplo en el reino de “Theben” del Príncipe Jussuf—, le aparece a la luz de una realidad inmediata. Esto no le quita nada de su fascinación, pero en vistas de los crecientes conflictos políticos se vuelve alarmante, y más cuando también pone en peligro desde fuera la ubicación de Else Lasker-Schüler dentro del judaísmo, ya de por sí precaria. En esta tensión, ella primero traslada su “regreso” al judaísmo a un marco más amplio, universal, en el que la “ciudad sagrada” con el Muro de las Lamentaciones en su centro no sólo es el lugar donde vuelven a reencontrarse “ashkenazim” y “sefardim”, judíos ortodoxos y secularizados, sino que:

“¡En las cuestas y caminos de Sión, uno no anda entre individuos, sino entre pueblos! Tras su reencuentro, las tribus de Judah descansan metódicamente a salvo, cada una en los bloques multicolores de su barrio, su caja de construcción de imágenes. Alrededor de estas piedras de construcción tribales se mueven los más diversos pueblos y religiones orientales y occidentales. Y sin embargo, judío y cristiano, mahometano y budista van llevados de la mano aquí. Es decir, cada uno trata a su prójimo con responsabilidad. No conviene sembrar discordia aquí en la Tierra Santa” (GW II, 13)

Especialmente judíos y árabes, ambos “semitas”, aparecen como muy afines entre sí en la perspectiva de Else, quien ya en esta ocasión se evade del presente hacia tiempos bíblicos para sostener esta afirmación. Son los “descendientes de Isaac e Ismael” (GW II, 934) en quienes descubre a menudo “el alma resurrecta de piosas figuras de la Biblia”, de modo que los “judíos

salvajes” —los “hebreos” ideales de la Biblia— “viven en tiendas ante la puerta de Jerusalem, sin pretensiones y en armonía con sus hermanos árabes” (GW II, 791).

También al hacer mención directa de la política de colonización sionista, la postura idealista de Lasker-Schüler frente a las realidades queda conforme con los principios de esta política, cuya legitimación religiosa ahora va acompañada implícitamente de una superioridad ética y cultural de los judíos sobre sus “hermanos” árabes — convertidos en “hermanastros” al trasladarlos en términos ambivalentes hacia lo oscuro, lo primitivo y la violencia latente. Esta superioridad no excluye una participación propia y particular en la construcción civilizadora de la tierra por parte de los árabes — con su “estilo fantástico”, por ejemplo, en la arquitectura. Más bien se abre la perspectiva de una suerte de simbiosis judeo-árabe, ya que Lasker-Schüler está convencida de que “la inmigración a la tierra de las tierras (...) es beneficiosa para el árabe voluntarioso y trabajador igual que para el trabajador judío” (GW II, 870).

En consecuencia, el trabajo de los “heroicos” pioneros europeos es

[...] ganar a los árabes para la obra sagrada de sus colonias en los valles, incitarlos ahora para vivir juntos en amistad. Cuando las naranjas están maduras y los panes cocidos, algunos de los colonistas se encaminan por un sendero escarpado cuesta arriba, valientes hasta la muerte, hacia sus adversarios. Los invitan a comer en sus plantaciones, en la colonia madura del valle. Nacen verda-

deras amistades entre los hermanastros semíticos, entre los campesinos hebreos y los nómadas árabes. Cargados con el fruto del 'buen hermano', los hombres de barbas oscuras regresan a sus mujeres en las poblaciones rocosas. El agasajado árabe del monte abandona la colonia hospitalaria del hermano judío con lágrimas en los ojos. El árabe más elemental tiende, igual que el más salvaje de los hebreos, al sentimentalismo, que nace a menudo de una gratitud (GW II, 869 ss.).

Sin embargo, Else Lasker-Schüler no logra eludir las aporías de la armonización de lo que parece irreconciliable, a no ser por medio de la mención de características que, según ella, árabes y judíos tienen en común, lo que sin dudas es cierto, a tal punto que podría ofrecer las bases para una convivencia al menos pacífica. Mas en última instancia, su perspectiva se detiene en un subjetivismo idealizador, con el que por otra parte borra las diferencias –igualmente “verdaderas”–, y al ignorar las razones políticas del árabe no encuentra modo de enfrentarlo en tanto “otro” propiamente dicho, trátase del “sentimentalismo”, de una predilección por el teatro, una extraordinaria capacidad de entusiasmarse (GW II, 830), o de la agradable “amabilidad” y “bondad” de “ambos provocados pueblos semíticos” a los que la poeta encuentra “en las calles, plazas, en los senderos, pero también en los negocios, los bares y los restaurantes” (GW II, 915).

“En el fondo de mi corazón y sin rencor alguno, quiero al pueblo árabe en la tierra de Palestina”, escribe finalmente, pero en 1939, al incrementarse en luchas sangrientas la gran rebelión

árabe iniciada en 1936, sus dudas acerca de la posibilidad de una reconciliación pueden deducirse de una carta a Carl Seelig, en la que aparece tímidamente expresada a modo condicional y como pregunta, reiterando el ambivalente “en el fondo” como en espera de una confirmación: “En el fondo podríamos ser **todos** hermanos. En el fondo los árabes son nuestros hermanos en el corazón (?)” (BR II, 191). Sin embargo, Else no se ha desprendido tan rápidamente de su idealismo – “una pequeña **feria con carrousel**”, porque “carrousel equivale a conocimiento y reconciliación entre todos”, tal sus planes para una reconciliación de los hijos de “Judas y de los árabes” que le propone poco después a Zalman Schocken (EXBR, 53).¹⁵

[...] no soy sionista, ni judía, ni cristiana, mas creo que soy un ser humano, un ser humano profundamente triste. Fui un simple soldado de Dios; pero ya no puedo uniformarme¹⁶

El deseo de Else Lasker-Schüler de insertarse legítimamente con su judaísmo personal y subjetivo en la tradición viva tropieza con obstáculos también por la arista de la ortodoxia, y quizás no sea por casualidad que esto le ocurriera en ocasión de una invitación del escritor S. Y. Agnón a participar en su casa de Talpiot de la “Sagrada Cena de Shabat”, es decir, de una mesa familiar como ella misma nunca pudo tener. El otro invitado, a quien la poeta denomina “monje talmudista”, primero censura con muda

reprensión la participación de la poeta en la ceremonia “según su llama propia, unida” (las siete velas del Shabat), sin preocuparse de las convenciones. A esta condena latente de su “mala judeidad”, Else reacciona con un recitado fervoroso del “Shma” y se defiende mediante una parábola cuando el talmudista la acusa más o menos de blasfemia:

Erase una vez una pastora en el pueblo de Israel quien, cuando no apacentaba los corderos, componía versos al Señor. Una mañana sintió mucha sed y se inclinó hondamente sobre el borde de un pozo para beber. Una de las innumerables gotas se alzó sobre el manantial, y en ella se reflejaba toda la creación, el Creador mismo. Y la pastora se fue a buscar una bandeja para poner a salvo la inefable preciosidad; mas no encontró ni una sola que correspondiera a la belleza del agua tallada, ni en los nichos de los templos, ni en los jardines de los palacios. Entonces hiló con los rojos hilos de su claro y transparente corazón un caliz como ofrenda, de sonido cristalino y de dulce oscuridad, y puso la temblante eternidad guardada en una minúscula gota, la gema de las plegarias, el 'Shma' – entre las paredes hiladas de su corazón sacrificado a Dios. El 'Shma', el sagrado hieroglifo en el plan de la creación, sobrevive el mundo (GW II, 835 ss.).

A través de esta parábola, Lasker-Schüler no sólo corrobora “su” judaísmo, sino también la inmortalidad y “santidad” de su propia obra, en cuyo centro vivo esta inscripto indeleblemente el “Shma”. Pero aun si así deja sobrevivir en su obra ansiosa de Dios, en el “acto **sin par**”, una esencia sobreindividual del judaísmo que el talmudista quería negarle, su búsqueda de un apoyo literalmente religioso se revela de lo más

insistente cuando ella efectúa un “religamiento” a los orígenes de su existencia individual. En la duda solitaria y el miedo ante la muerte, la Jerusalem milenaria le muestra a la poeta también una cara aterradora, a tal punto que finalmente se vuelve el punto de partida para un viaje de regreso a la infancia, en la que Else Lasker-Schüler halla los principios de su poesía “celestialmente” inspirada.

“Pronto decía mi hermano que la estrella maravillosa venía, cual peregrina, de Palestina. Mi hermano nunca mentía: esto lo sabíamos yo y mi querida mamá” (GW II, 963).

Como Sulamith, regresa en *Das Hebräerland* al jardín de las “delicias”, en el que su hermano Paul, jugando con ella en el bosque, le señalaba cual santo la viva revelación de Jerusalem y sus colores crepusculares, según el ocurrida sólo en honor de ella:

Y por último, mi querido hermano, cuyo nombre le di a mi niño, me revelo como se llamaba el bosquecillo en el que nos habíamos sentado: ‘¡Jerusalem!’. Y el pequeño bosquecillo había venido por el mar, a nuestro bosque, especialmente para conocerme. ¡Oh, mi hermano sabía contar de modo tan amable!, y yo pendía de sus labios, un corazoncito que escuchaba. Si en el camino al bosque crepuscular pasaba por sobre nuestras cabezas un cometa, mi querido y piadoso hermano ponía su fina mano a modo de comprobación

sobre sus ojos, para poder juzgar mejor el origen de la estrella milenaria. Y decía entonces que la estrella maravillosa venía, cual peregrina, 'de Palestina'. Mi hermano nunca mentía: esto lo sabíamos yo y mi querida mamá (GW II, 962).

Mas es en el regazo de su madre donde está guardado el "saber" más profundo acerca de la verdad de la fe de Else. En vistas de su propia mortalidad, que se le revela a la poeta al ver la tumba del profeta Zacarías y los viejos sacerdotes judíos en el nocturno Valle del Kidrón –"viejos cementerios de rocas [...] heroicos entre Dios y Su Tierra" (GW II, 917)–, siente miedo "ante esta muerte, vigilada por cumbres que espían; aun si su paz lleva la imagen invisible de la deidad en el cuello." Sólo en la imagen de la madre, cuyo recuerdo suscitan "justamente las momias y las viejas rocas de tan antiguas ruinas sinagogales" (GW II, 867), parece encontrar un poco de alivio y de paz. La madre que, al igual que el padre, no le supo proporcionar apoyo alguno ni en la tradición judía, ni en la sociedad alemana, lo hace ahora en *Das Hebräerland* en una proyección en la que su difícil herencia, el amor por la cultura y la poesía alemana, encuentra un enaltecimiento metafísico. "¡Oh, ella me admiraba incesantemente! Yo estaba tan orgullosa, confiaba en su juicio, y lograba el verso más difícil, ya que construía mi poesía en su regazo" – la hija se acuerda de cuando solía componer versos con la "mejor amiga del mundo, mi joven y hermosa madre" (GW II, 876). Ahora esta imagen se le confunde con

el mismo Dios salvador, así como su destino confluye con el de Israel, el "Shma" de la pastora con la plegaria central de los judíos, cuando el grandioso y amenazador paisaje rocoso de Palestina –un sólo, inmenso valle del Kidron– parece robarle a la vieja poeta apatrida, en sus momentos de "miedo terrenal", tanto el aliento de la tradición poética como también el suelo existencial bajo sus pies:

Rodeada de piedras inmensas, sostenida acrobáticamente en alto, al mismo tiempo aprisionada en lo sólido y otra vez llamada por vastos abismos y barrancos, sí, mágicamente atraída, una cree tener que gritar primero de miedo y de dolor. Una anhela el regazo de la madre. En las noches, muchos de los recién llegados a Palestina suelen tener el típico sueño de los aviadores. Yo también me precipité despiadadamente desde todas las alturas a la tierra. Y sin embargo, Adonai sostiene a Israel con su fuerte brazo, inmarcesible muro protector. Por fin entablo amistad con la más pequeña y también con la más grande piedra de los abismos y con cada grano de arena de los senderos del desierto (GW II, 813 ss).

En el "paisaje de Jerusalem", menciona Else en otra parte de su libro, sus pupilas solían dilatarse "casi dolorosamente", porque el ojo tenía que percibir "una nunca conocida ni presentida forma de paisaje" de "grandísimas perspectivas" (GW II, 917). A este paisaje –lo metafísico puro– lo hace soportable la madre, quien se confirma como custodia de la estrella milagrosa de Palestina, poco antes de terminar la poeta su viaje poético por "la tierra de los hebreos":



Una mañana, mi inolvidable madre se inclinó sobre mí al despertar y me sonrió... He anhelado esta sonrisa desde que se fue con Dios. Ya de niña me daba su calor y me fortalecía, y desde que me fue concedido recuperar esta sonrisa maravillosa aquí en Jerusalem, comencé a sentir una alegría nunca antes conocida y una profunda comprensión hacia la Tierra Santa, hacia nuestra querida Tierra Santa. De repente cabía dentro de mi diminuta pupila, una gema engarzada en su esmalte castaño. En cualquier país en que esté, mis pies caminan por las alfombras escarlatas de la tierra roja. Hablan conmigo las cumbres de las piedras más altas y se inclinan sobre mí, sonrientes, como mi madre (GW II, 961).¹⁷

La gema en el ojo –inspiración poética y numen de su fe– es lo que Else busca de nuevo cuando, en junio de 1937, vuelve a viajar a Palestina, donde permanecería otros dos meses. Es sabido que tenía planes para un segundo libro sobre Tierra Santa, pero el proyecto, continuado hasta 1940, queda fragmentario. Algunas páginas tempranas aparecen sueltas en diversos diarios. Allí Jerusalem no ha perdido nada de su fascinación, y todavía es fuerte la perspectiva ansiosa e idealizante de la poeta sobre la “ciudad bendita”:

Una cree encontrarse en la estrella más lejana, en una estrella-remolque de la hoz lunar que se desliza horizontalmente, un grandioso barco dorado por el vasto mar de nubes a lo largo de la playa del horizonte. Es verdad que después del viaje a la Tierra Santa no hay sino un solo viaje: el viaje al cielo. Porque se ha llegado a la más alta meta terrenal por tierra y mar: Jerusalem. De allí no puede continuarse, desde allí conduce directo el camino a los cielos. [...] '¿Es linda Palestina?'. Me

preguntan de nuevo y siempre de nuevo, si Palestina y su capital Jerusalem son lindas. Pues aunque mi interés ensalza esta tierra, soy demasiado sincera para responder, Palestina es linda. Palestina es piedra, roca de la creación, la gema más preciosa del Señor. El la llevaba en Su mano antes de la revelación del mundo”.¹⁸

“Camino como por mausoleos – / Hecha piedra nuestra Santa Ciudad. / Piedras descansan en sus lechos de aguas muertas / En vez de aguasedas que ahí jugaban: viniendo y yéndose. [...]” (Jerusalem).

A principios de abril de 1939, un año después de que le quitaran la nacionalidad alemana, Else Lasker-Schüler viaja por tercera y última vez a Palestina, donde llega enferma y casi sin recursos. También esta vez no piensa quedarse más de algunos meses; pero estalla la Segunda Guerra Mundial, Suiza le niega el visado, y Jerusalem se convierte involuntariamente en el lugar de su destierro definitivo.

Tampoco en los últimos años de su vida le es concedido un lugar adecuado entre los judíos sino un sitio marginal, a pesar del apoyo que recibe de Zalman Schocken¹⁹ y de la (esporádica) calma que le proporcionan sus frecuentes visitas a la sinagoga liberal “Emet ve-Emunah”. De repente, todo es ajeno: el hebreo no es su lengua, y ni la Jerusalem sionista ni la oriental logran sustituirle a Berlín o a Zurich, en cuyas calles se imagina quizás cuando vaga por los callejones de la ciudad antigua, o estando sentada en su café preferido “Sijel” en la Ben Yehuda. Yehuda

Amijai la recuerda vestida de modo excéntrico, figura sombría que provocaba, y no sólo en los niños, el extrañamiento, la compasión y también las burlas. En la inevitabilidad del exilio, la desaterrada apenas puede buscar refugio en su ilusión de la "ciudad favorita de Dios", comprender que su poesía en general –siempre "obstinada" ante la realidad con la que jugaba arbitrariamente–, y su "acto poético **sin par**", el canto enfático a Jerusalem del *Hebräerland*, se hallen ahora atacados por la realidad, corriendo el riesgo de enmudecer como el de un pájaro al que se ha pegado un tiro. "Estoy tan profundamente desilusionada", le escribe a Schocken el 6.12.39.

Sí, la tierra quedó la misma: tierra original, la creación; pero me estoy hundiendo en mí y me voy a morir de tristeza aquí. [...] Una no sabe cómo es todo, yo sólo sé que la vida y la muerte van de la mano. Y querer pensar lógicamente es justamente tan ilógico. [...] He escrito un libro tan amable sobre Jerusalem y me he vuelto cada vez más ajena. En el fondo de mi corazón no encontré a ninguna persona que me diera consuelo, en el fondo todos me son ajenos [...] Es que siempre he sido un indio, un pájaro obstinado, y ahora todo quebrado como en la jaula (EXBR, 57 ss).

Y sin embargo, Else todavía logra desarrollar una actividad asombrosamente viva en el campo literario y artístico. A principios de 1941 funda el "Kraal", una asociación de conferencias y lecturas para artistas e intelectuales. Emprende viajes a Tel Aviv y Haifa para leer sus obras, y sigue escribiendo su segundo libro sobre Palestina. Pero ahora, al haber perdido toda distancia res-

pecto del país, y agudizarse la pérdida de su patria al adquirir creciente certeza sobre los acontecimientos catastróficos en Alemania y Europa, el trabajo toma otro rumbo, en el que surge una imagen mucho menos idealizada de Jerusalem.

En *IchundIch* (YoyYo; 1940/41), una "tragedia teatral" originalmente planeada como parte del segundo libro sobre Palestina, Lasker-Schüler emprende una discusión paródica del nazismo situada en el Valle de Hinom, en el que Hitler y sus criminales compañeros son aniquilados en el infierno. Por otro lado, a través de la dedicación a la madre, la "madrina de mis dos mitades", y de la parodia del *Fausto* de Goethe en que Dios salva a Fausto junto con Mefisto, la poeta trata de revindicar para su "segunda mitad" –la judía– la lengua y cultura alemana de raigambre humanista.

Y una vez más Jerusalem se confirma como sitio de inmortal inspiración poética y protección contra la inhóspita realidad histórica. Caminando por sus callejuelas rumbo al teatro, la poeta dice a su acompañante:

*Te asombras que tras la bebida de plata
Haya regresado a vuestro armario terrenal.
Para el ilimitado sueño del poeta
Verdad que vuestro mundo de carpintería no tiene lugar.
Perdona la arrogancia, compañero,
Es que llevo una vida más sublime -
¡Noches sin luz se encienden en mi dicha!
Las estrellas salen en mi mirada -*

*¡Hace años estelares ya yo moraba en tierra!
 ¡Y sólo mi verso no fue ilusión! [...] (GW 7, 231f).*

Por esta ilusión, ya considerablemente extenuada en la última escena de *IchundIch*, donde la poeta se desdobra en la desolada imagen de un espantapájaros, Else lucha todavía en sus últimos años de vida. Y, en efecto, logra proyectarla una vez más en palabras poéticas, en su poemario *Mein blaues Klavier* (Mi piano azul) que se publica en Jerusalem en 1943, dedicado "A mis amigos y amigas inolvidables en las ciudades de Alemania – y a aquellos quienes, como yo, fueron expulsados y ahora se hallan dispersos en el mundo". Mas la desilusión, el peligro de enmudecer "desde que embruteció el mundo", como dice el homónimo poema de la colección, aquí ya se hallan manifiestamente inscriptos en el cuerpo poético, y el lamento de la poeta a causa de la pérdida de todos los sueños se deja entender con desesperada claridad, también en el poema "Jerusalem".

Jerusalem

*Dios construyó de su espina dorsal: Palestina
 De un solo hueso: Jerusalem*

*Camino como por mausoleos –
 Hecha piedra nuestra Santa Ciudad.
 Piedras descansan en sus lechos de aguas muertas
 En vez de aguasdedas que ahí jugaban: yendo y viniendo.*

*Abismos fijan con mirada dura al caminante –
 Y él se hunde en sus rígidas noches.
 Tengo un miedo que no puedo vencer.*

*Si vinieras...
 Envuelto en el abrigo alpino luminoso –
 Y apartaras el crepúsculo de mi día –
 Mi brazo te rodearía, imagen santa de consuelo.*

*Como en otros tiempos, cuando sufría en la oscuridad de mi corazón –
 Ahí tus ojos ambos: nubes azules.
 Me alejaban de mi melancolía.*

*Si vinieras –
 A la tierra ancestral –
 Me amonestarías como a un niño:
 ¡Jerusalem – álzate y resucita!*

*Nos saludan
 Las vivas banderas del "Unico Dios",
 Manos verdecientes, sembrando el aliento de la vida.*

Con palabras devotas a Dios, Else Lasker-Schüler parece querer entonar aquí otra vez un elogio a la Jerusalem "celestial", tal como lo había hecho a menudo también en *Das Hebräerland* – juguetona y extasiada como al vagar por los barrios judíos de la ciudad, en búsqueda de patria:



Me paseaba con toda tranquilidad sobre el duro y viejísimo hueso de la calle principal de Jerusalem, balanceado sobre su columna vertebral. Los callejones de las sinagogas más antiguas se bifurcan hacia la derecha y la izquierda como costillas del tronco dorsal. De cada una de las casas antiguas murmura nuestra querida música sinagoga (GW II, 820 ss).

Ahora, en el “espanto de la soledad” (tal el título de uno de sus últimos dibujos), en el que se encuentra en la Jerusalem terrenal, el canto de una tradición y religión viva ha enmudecido; sólo son reales el fin, la muerte tal como la vio en el Valle del Kidrón y en el “sueño de los aviadores”, su miedo en el que ahora cae como en una realidad despiadada, sin esperanza en el “fuerte brazo de Adonai”. Y ya como entonces a la vista de las “momias” y de las “ruinas de sinagogas tan antiguas”, sólo que incomparablemente más desesperada, huye hacia el pasado, hacia su infancia y su madre, de cuyo regazo obtuvo la inspiración poética. Alemania, quizás también Suiza, en donde le era concedido a la poeta realizar su “acto poético **sin par**”, translucen en el “abrigo alpino, luminoso”, en el que se implora la llegada del Tú salvador, a liberarla del “crepúsculo de mi día” – de la “melancolía” y del “miedo terrenal” de los poetas.

*Eternamente te buscaba a ti –sangran mis pies–
Apaga mi sed con la dulzura de tu sonrisa.
Y sin embargo temo que la puerta
Del sueño se cierre.*

dice, aludiendo a “Sulamith”, en “Dem Holden” (Al dulce), otro poema de la colección, en el que el ansia de Dios-Madre ya ha perdido casi toda esperanza de ser cumplida.

Aquí, sin embargo, Else resucita una vez más la imagen de la “ciudad bendita”, en el recuerdo de tiempos en los que nubes de sueño poético –azules como en su época artística más exitosa en Berlín– y personas cercanas le ayudaban a soportar su miseria existencial. Cual la “pequeña imagen santa” que dibujaba en su infancia, lleva ahora su visión “celestial” a una existencia poética donde puede sentirse a salvo en un abrazo simbiótico, evocando el regazo de la madre sonriente y consoladora.

Y, una vez más, Else Lasker-Schüler implora, en su miedo ante una muerte solitaria y por sobre toda ilusión a la que remite irrevocablemente el modo irreal del “Si vinieras...”, la esperanza de asegurarse sus relaciones religiosas, a nivel tanto colectivo como individual: en la cadena de los antepasados judíos, en la “tierra ancestral”, y en la relación retrospectiva hacia su fe de infancia que en otros tiempos tuvo el poder de resistir a las destructoras palabras del *caplan* de Elberfeld:²⁰ “Si vinieras – / A la tierra ancestral – / me amonestarías como a un niño: / ¡Jerusalem – álzate y resucita!”.

Y en efecto la poeta parece salvarse de la desilusión, al describir al final una revelación aparentemente real y presente: “Nos saludan / Las vivas banderas del ‘Unico Dios’, / Manos verdecientes, sembrando el aliento de la vida”. Como en “Sulamith”, quien aquí ya no está sola, le hace señas el más alto principio de la vida, haciéndole reconocer los signos de una existencia prometedora

regida por la Divinidad. Pero el tono extrañamente solemne, casi retórico de esta última estrofa, así como las comillas entre las que aparece el "Unico Dios", confieren a esta visión un aura de irrealidad. Aquí la poeta omite la propia consumación real y la unión fervorosa con el símbolo de su anhelo proyectado en aquel primer poema de Jerusalem. En "Dem Holden", sin embargo, Sulamith vuelve a despedirse, pero esta vez no fluye hacia los colores crepusculares de Jerusalem, sino hacia la mañana, despejada y sin nubes nocturnas:

*Te mando, antes de saborear una gota de luz temprana,
Saludos envueltos en una nube azul
Y besos cogidos del labio, recién brotados.
Antes de fluir hacia la mañana en una bandada.*

En los siguientes versos, hallados entre los últimos escritos de Else, incluso el dolor y la desesperación de la desterrada han enmudecido ante el cansancio letal que se impone con una calma resignada:

*Hay que estar tan cansada como lo estoy yo
En desencanto frío mi mundo desaparece de mi mente
Y se escurren mis deseos en lo hondo de mi corazón.²¹*

Después de la publicación de *Mein blaues Klavier*, el mundo se ensombrece cada vez más en torno a Else Lasker-Schüler. Mientras que en Alemania se comienza a ejecutar la llamada "so-

lución final", aumentan sus pedidos de auxilio desde el "espanto de la soledad": "Después de días difíciles: saludos. Es demasiado difícil para mí entre este pueblo. David también se hubiera marchado", dice el 29.1.1943 a los anticuarios Sally y Sina Grosshut en Haifa; el 10.7.1944: "Estoy desesperada en la soledad. Vuestro Jussuf" (BR I, 318). Los que la han visto en los últimos meses de su vida hablan de su absoluto desconocimiento de la realidad, de un "resquebrajamiento". A principios de enero se la encontró en la calle, casi muerta de hambre. Murió el 22 de enero de 1945, a los 76 años. Al otro día fue enterrada en el Monte de los Olivos. S. Y. Agnón dijo *Kadish* junto con Gerson Stern.

La lápida de su tumba, perdida durante dos décadas, se encontró en 1967. Sólo pocos saben de su existencia. Un puñado de quienes compartieron los años del exilio de una de las más grandes poetas judías de lengua alemana, suelen venir al legendario café Atara de Jerusalem todos los viernes por la mañana. Recuerdan. Shalom Ben Jorin me comenta con lenta sonrisa su pasión por el cine; ella lo llevó al cine Zion, a ver imágenes de una diáspora que ella misma no entendía del todo – *Ven a idl mit a fidl*: "El judío con el violín".

Else Levi-Mühsam, quien abandonó Alemania por segunda y definitiva vez apenas hace un año, recuerda el famoso "Romanisches Cafe" de los años '20 en Berlín. Allí la poeta la abrazó, amable y distraída, a lo mejor confundiéndola con Erich Mühsam, el célebre tío de Else Levi-Mühsam a quien ella acompañaba. Le preguntó por sus impresiones de Else Lasker-Schüler en Jerusalem. Inclina su pequeña cara de finas facciones: la soledad

sombría en la que solía aparecer la poeta en la King George; su obstinación radical; a veces, cuando se le hablaba imprevistamente, reaccionaba como "un viento tempestuoso".

Detrás de esta obstinación, las heridas, tal como las vio Mirón Sima, quien no cree en un realismo objetivo. El la retrató con finos trazos de lápiz, una mujer vieja, quebrada, de quien dice: "Era hermosa". Y entonces vuelve a contarme de Dresden, donde sigue viviendo, en una memoria que posee otra realidad que la del inmediato presente en este café, en la misma Jerusalem.

Desde sus ojos azules me dirige una mirada casi transparente, acompañada de su voz que me llega como desde una lejanía muy cercana:

"La mayoría de la gente viene aquí, se ven, se separan otra vez. Sin compromiso. Con algunos nunca he hablado una palabra. Pero me doy cuenta de inmediato cuando alguien falta. Es como en un cuadro del que de repente algo ha sido apartado, algo que antes lo completaba, que lo convertía en cuadro. Algo familiar se ha ido."

NOTAS

- 1 *Das Hebräerland* (La Tierra de los Hebreos) se citará de aquí en adelante según la primera edición de sus Obras Completas en 3 tomos: Else Lasker-Schüler, *Gesammelte Werke*, ed. por Friedhelm Kemp, München: Kösel, 1961-62 (en adelante GW II). Los poemas que aparecen en este artículo siguen el primer tomo de esta edición (GW I). Si no se menciona otra fuente, las cartas serán citadas según la edición en dos tomos preparada por Margarete Kupper (Ed.), *Else Lasker-Schüler, Briefe in zwei Bänden*. Band I: *Lieber gestreifter Tiger*, Band II: *Wo ist unser buntes Theben*, München: Kösel, 1969 (en adelante BR I, II). La edición más reciente de sus Obras Completas es todavía la del Deutscher Taschenbuch Verlag, München, de 1986, que reúne en 8 tomos las obras más importantes de la poeta, entre otras su poesía de 1902 a 1943, así como versos y prosa póstumos. De esta edición se citará *Ich undlich* (YoyYo), en el VII tomo (GW 7). Una nueva edición crítica de sus obras y cartas completas está actualmente a cargo del centro de investigación para literatura y cultura alemana "Franz Rosenzweig" en Jerusalem.

- 2 En *Konzert* (Concierto; 1932), tomo que reúne la prosa autobiográfica escrita durante los años '20, la poeta ha dejado testimonio en parte abierto, en parte críptico, de diversas experiencias con el antisemitismo alemán en su infancia.
- 3 Véase Shedletzky, Itta, "Bacharach und Barcelona. On Else Lasker-Schülers Relation to Heinrich Heine". En Gelber, Mark H. (Ed.), *The Jewish Reception of Heinrich Heine*. Sonderdruck aus *Conditio Judaica* 1. Tübingen: Niemeyer, 1992, 113-126, aquí 116ss. Las citas son del artículo de Buber "Die Jüdische Renaissance" (El Renacimiento Judío), publicado en la 1a edición de la revista *Ost und West* mencionada más abajo.
- 4 Véase Shedletzky, Itta, "Existenz und Tradition. Zur Bestimmung des 'Jüdischen' in der deutsch-sprachigen Literatur. En *Deutsch-jüdische Exil- und Emigrationsliteratur im 20. Jahrhundert*. Hg. von Shedletzky, Itta und Hans Otto Horch. Sonderdruck aus *Conditio Judaica* 5. Tübingen: Niemeyer 1993, 3-14 (p. 11).

- 5 Del poema "Vollmond" (*Meine Wunder*, 1911), citado por ella en una conferencia en Zürich, ca. marzo de 1939. Cit. en Shedletsky 95, 120.
- 6 Con ello contrastan las imágenes de antepasados provenientes de una famosa familia de rabinos y de Toledo que ella proyecta en *Konzert*, genealogía que hasta hoy no ha podido comprobarse. En Elberfeld, la poeta creció en un entorno cristiano impregnado particularmente de luteranismo. Su hermano preferido Paul tenía la intención de convertirse al catolicismo cuando murió en 1880.
- 7 Para los siguientes comentarios acerca de este aspecto véase la biografía de Hessing, Jakob, *Else Lasker-Schüler. Biographie einer deutsch-jüdischen Dichterin*. Karlsruhe: Löper, 1985, en la que me basó también en otros aspectos.
- 8 Carta postal a S. Y. Agnón desde Zürich, 22.6.1933. Cit. en Shedletsky 95, 15.
- 9 En Klüsener, Erika und Friedrich Pfäfflin (Ed.), *Else Lasker-Schüler 1869-1945, Else Lasker-Schüler in den Tagebüchern von Werner Kraft, 1923-1945*. ausgew. von Volker Kahmen. Ausstellung zum 50. Todestag in Marbach a. N., Deutsche Schillergesellschaft, 1995; *Marbacher Magazin* 95 (p. 248).
- 10 Carta a S. Guggenheim desde Zürich del 29.10.34; BR I, 263.
- 11 "Etwas von Jerusalem. Wieder etwas von Palästina" ("Algo de Jerusalem. Otra vez algo de Palestina"). Imprenta de diario, 1939 o más tarde. Cit. en Shedletsky 95, 100.
- 12 Para este aspecto véase el artículo de Hessing, Jakob, "Else Lasker-Schülers Höllental: Eine Spurensuche in Jerusalem". In *Konturen. Magazin fuer Sprache, Literatur und Landschaft* 3. Ismaning: Max Hueber, 1993.
- 13 "Hebreos", igual que "judíos salvajes", son términos fundados en tiempos bíblicos con los que Lasker-Schüler designa a los judíos ideales.
- 14 Véase en este contexto Hessing 85, 161ss.
- 15 Cit. en Bauschinger, Sigrid und Helmut G. Hermann (Ed. y Com.), "Was soll ich hier?" *Exilbriefe an Salman Schocken* ("¿Qué hago aquí?"). Cartas desde el exilio a Zalman Schocken). Dokumentarische Erstausgabe mit vier Briefen Schockens im Anhang, Heidelberg: Lambert Schneider, 1986 (en adelante EXBR).
- 16 Carta a Martin Buber, Jerusalem, 23.12.1942; BR I, 127 ss.
- 17 Es interesante señalar aquí una leyenda del siglo I A.C. que Lasker-Schüler debe de haber conocido. En ella, el mundo es representado por un ojo; su pupila es Jerusalem; el templo reflejado en ella, el Templo del Señor.
- 18 De "Ich erzähle etwas aus Palästina" ("Cuento algo de Palestina"), en *Jüdische Rundschau*, 5.11.1937. Cit. en Shedletsky 95, 99.
- 19 Aparte de Schocken, también la asociación de inmigrantes alemanes la ayudó mediante una pensión mensual objetivamente suficiente; sin embargo, siempre pasaba hambre.
- 20 En "St. Laurentius" (*Konzert*), que recoge una experiencia de antisemitismo en la infancia, este le "explica" así los gritos "Hepp, hepp!" de sus compañeros de colegio luteranos y católicos.
- 21 Del poema *Man muss so müde sein wie ich* (Hay que estar tan cansada como lo estoy yo), publicado postumamente. Cit. en Shedletsky 95, 69.

Quiero agradecerle cordialmente a Leonardo Senkman por su simpatía, sus comentarios críticos y en especial por su voluntad de familiarizar al público lector latinoamericano con Else Lasker-Schüler. A Jakob Hessing e Itta Shedletsky les doy las gracias por su interés en mis preguntas acerca de la poeta. Le agradezco a Werner Volke por el catálogo de Marbach; a Florinda Goldberg por la revisión final del texto; y, no por último, a Nasim Abed Rabbo y Jamal Hilal, quienes me ofrecieron trabajar en su oficina y me ayudaron incansablemente con la computadora.



In Memoriam: Oded Sverdlik

(Argentina, 1938 – Israel, 1996)

“Después vendrá la noche / tan después / ¡y ahora?”, escribió Enrique/Oded Sverdlik en su poema “Magnitud”. La noche se cerró sobre Oded sin previo aviso y somos nosotros los que estupefactos preguntamos: ¿Y ahora?

Oded enfrentó con éxito el difícil desafío de vivir y crear en dos lenguas y dos culturas sin hacer concesiones. Paralelamente a su producción personal, consolidó el puente intercultural entre la poesía de Latinoamérica y de Israel a través de sus numerosas traducciones. Entre sus poemarios: **Los jinetes de la pupila**, **Ventanas en la erosión**, **Hasta el fin de la miel** (hebreo); y **Brindis** (castellano).

NOAJ rinde un sincero homenaje al colega y amigo prematuramente desaparecido.

Oded Sverdlik

Impacto

LA percusión fue tan grande que apenas se advirtió el brillo del fogonazo. De pronto, dos hombres se dan la mano descolocando a las certidumbres. Sobrevenien los signos de exclamación: ¡Quién lo hubiera pensado! Los signos se desparraman por doquier, enredando los hilos de la telaraña, dejándonos pendientes de y en ellos. Comienza a forjarse un ambiente donde la claridad del callejón sin salida tuerce su oprimiente luz. Escuchar la paz, pensar la paz, palpar su escu-
ridizo cuerpo.

Vino de golpe, estallando como una guerra. Estallar la paz, decimos, pero ésta llegó repentinamente, sin sobresaltos. Tal vez porque la inmediata realidad enturbia toda imaginación acerca de la realidad anhelada. O bien porque el sueño fue tan extenso, tan intenso, que su aplicación y logro determinan la ruptura del sueño. La guerra en tanto situación-límite agudiza las opciones del alma. La opción de la paz –vida o muerte– sombrea la intensidad, refrena los epítetos, estimula el transcurrir silencioso, modera las luces. La luminosidad encuentra aposento en esa zona de semipenumbbras

donde las palabras altas se hacen menos rigurosas, mezclando sus tonalidades con la quietud del andar. Habitantes de una región donde las constancias no siempre se hacen constantes, vemos la atribulación de los espectadores exteriores que no alcanzan a entender. Apoltronados en sus mullidas plateas de allende las fronteras no comprenden la actitud de los actores.

Han gozado con la acción de la destrucción durante décadas, hubieran deseado ver ahora más entusiasmo, más exaltación, más adjetivos calificativos dibujados sobre la pantalla. Pero los actores han decidido escribir su propio libreto, imprimir al argumento del filme caracteres a su medida. Desconociendo las expectativas suscitadas por años más allá de los intrincados gambitos de la suprema estrategia. El hombre común bosqueja la estrategia del alma con trazos casi etéreos, por lo menos inasibles. Vive la situación con expectante sosiego, armada calma que proviene de una larga memoria, de su intransferible experiencia. No se entusiasma por los eslóganes ni los lemas, tristes reducciones que muestran sólo la cáscara de un organismo complejo, multifacético, multitonal. Después de tanto deambular por los campos del fuego no le hacen ya mella las filisteas verdades de las pancartas. Sabe que la elección única entre blanco y negro es una impostura tendiente al engaño masivo.

Ahora debe enfrentar la seria seriedad dictada por los días venideros, nunca probados hasta hoy por estos lares, confrontar el asidero de las temporalidades cortantes que sellaban nuestras modulaciones para ponerlo a prueba sobre la mesa tendida con un nuevo mantel. Está solo en esta contienda. Dentro de la co-

munidad, solo deberá enfrentar para enfrentarse. Reordenar las coordenadas para reordenar el orden de los valores. Tejer la novel urdimbre sobre el aún indeciso telar. Cambiar, cambiarse, cambiar. Humanizar al "otro" deshumanizado por los sentimientos extremos. Escuchar su voz diferente, aceptarlo en su diferencia. Reencontrarse consigo mismo, por sí mismo, y no sólo por el litigio con el otro extraño. Recuperar la piel de nuestra voz en un tiempo distinto. Desafío hacia adentro.

Mientras tanto, afila los verdaderos filamentos de su apostada identidad, cuidadosamente mira a ambos lados antes de atravesar la acera, espera. De súbito, ya no espera. Adelanta un paso, otro, va al encuentro de su obstinada búsqueda, a dibujar las imágenes de la posibilidad.

Ramat Gan, octubre de 1993

Si

*Si pudiéramos elegir las piedras
para construir nuestra ciudad nuevamente
Si pudiéramos elegir la piel
para construir nuestro cuerpo de nuevo
Si pudiéramos inventar
la piel para nuestra ciudad
las piedras para nuestro cuerpo
la piel para las piedras
de la ciudad que cubre
nuestro cuerpo.*

De: Brindis, Caracas, 1990

Rescate: Premio Jerusalem



El Premio Jerusalem de Literatura es otorgado cada dos años a un escritor cuya obra, más allá de sus méritos estéticos, constituye "una defensa y una exaltación de la libertad". Cuatro escritores latinoamericanos han sido galardonados con él: Jorge Luis Borges (1969), Octavio Paz (1977), Ernesto Sábato (1989) y Mario Vargas Llosa (1995). Los siguientes son fragmentos de los discursos pronunciados por dos de ellos en dicha ocasión. Los años que median entre sus respectivos pronunciamientos, y entre éstos y el momento actual, no invalidan los conceptos básicos expresados por los mismos.

Ernesto Sábato

Dice Martín Buber que la problemática del hombre se replantea cada vez que parece rescindirse el pacto primero entre él y el mundo, cuando se encuentra en la tierra como un extranjero solitario y desamparado, a la intemperie. Así es nuestra época.

Ha sido para mí un altísimo honor recibir el Premio Jerusalem, de prestigio en el entero mundo de las letras. Pero también ha sido motivo de una profunda emoción, por provenir de esa justamente llamada Tierra Santa, vinculada tan entrañablemente a la historia espiritual y al destino de la humanidad. Desde lo más profundo de mi corazón ansío que en este territorio sagrado pueda reinar por fin la paz, y que los dos pueblos hoy separados y enfrentados tan trágicamente, puedan convivir armoniosa y fraternalmente, concretando sus anhelos nacionales y sus destinos históricos. A ese ideal dedico el premio que hoy se me concede.

Octavio Paz

...el misterio de la libertad está indisolublemente enlazado a las piedras y al destino de Jerusalem. (...) al lugar donde la palabra humana y la divina se enlazaron en un diálogo que fue el comienzo de la doble idea que ha alimentado a nuestra civilización desde el principio: la idea de libertad y la idea de historia. Ambas son inseparables de la palabra judía (...) Jerusalem, la antigua ciudad de la palabra, ahora se ha convertido en la ciudad de la libertad (...) Acá conviene repetir que toda tentativa por dividir de nuevo a Jerusalem no sólo sería un inmenso e injustificable error histórico sino que acarrearía otra vez incontables sacrificios a las poblaciones judía y árabe. Nada de lo que he dicho es obstáculo para que se encuentre una solución justa y pacífica que ponga fin al conflicto que desgarró a esta parte del mundo y en la que tengan cabida las legítimas aspiraciones de sus pueblos.



HISPAMERICA

revista de literatura

Director: *Saúl Sosnowski*

Suscripción anual:

Individuales, \$21; Instituciones y Bibliotecas, \$30; Patrocinadores, \$40.

Suscripciones y correspondencia:

5 Pueblo Ct., Gaithersburg, MD 20878-2067, USA

PENSAMIENTO JUDIO CONTEMPORANEO

La revista de la cultura judía moderna

Director: *Bernardo Kliksberg*

*Editada por CLAM, Zona Norte, y COSLA, Zona Norte,
con el patrocinio de Hebraica Venezuela, O.S.M. y Unión Mundial Macabi*

Apartado postal 16004, Caracas 1013A, Venezuela

Precio: Según países y costo de envío.

JERUSALEM, AÑO 3000

Leonardo Senkman, **Jerusalem, ciudad del deseo** (1)

POEMAS

- Meir Wieseltier, **Poema sobre Jerusalem** (2)
 Yehuda Amichai, **Jerusalem; Mi niño huele a paz** (3)
 Leah Goldberg, **En las colinas de Jerusalem** (4)
 Natan Zaj, **A un estudiante en Jerusalem** (6)
 Rami Saari, **En la pequeña casa de la calle Halafta** (6)
 Aba Kovner, **No sé si el Monte Sión** (7)
 Carla Isaak, **Retazos del derrumbe** (8)
 Akiva Kononovich, **Purificación** (8)
 Mario Satz, **La línea de las lluvias** (9)
 Angelina Muñiz-Huberman, **Jerusalem en marzo** (10)
 José Luis Najenson, **Soneto de los siete años** (11)
 Luisa Futoransky, **Presencia de Jerusalem** (12)

REFLEXIONES

- Esther Seligson, **Jerusalimitanos** (17)
 Galit Hasan-Rokem, **No la madre de todas las ciudades** (19)

- Santiago Kovadloff, **Jerusalem, casa del tiempo** (21)
 Ariel Schiller, **Papeles urgentes de Jerusalem** (24)
 Elias Lipiner, **A visita do Imperador do Brasil
 a Jerusalém** (30)

RELATOS

- Mario Satz, **La herencia de Yoshúa** (34)
 David Hardan, **En un Día del Perdón** (35)
 Nardo Zalko, **La guerra por dentro** (37)
 José Luis Najenson, **El discípulo de los asesinos** (43)

LECTURA

- Anastasia Telaak, **La Jerusalem de
 Else Lasker-Schüler** (46)

IN MEMORIAM - ODED SVERDLIK

- Oded Sverdlik, **Impacto** (66)
 Si (67)

RESCATE: PREMIO JERUSALEM

- Ernesto Sábato, Octavio Paz (68)